

LA PROTESTA

PORTE PAGO SUPLEMENTO QUINCENAL

LOS "MORALISTAS" NECESITAN DINERO



*Despues de la "razzia": - Otra vez que la traigan
pórtese bien, m'hijita, y no grite.*

AÑO VIII
N.º 318

Buenos Aires, Diciembre de 1929

El ejemplar
20 Centavos

Notas y Comentarios

Un año más

Con el presente número terminamos el año octavo de esta publicación. Nos habíamos propuesto hacer una obra de cultura, de divulgación, de profundización de nuestros problemas. Si no todo, hemos llevado a cabo una parte del programa. Comprendemos, los primeros, que nos queda mucho más por hacer, y aunque los ocho volúmenes de esta revista nos dejan un sentimiento de orgullo, de satisfacción por la labor cumplida, no nos cegamos hasta el punto de no ver ante nuestros ojos lo que falta por realizar.

El SUPLEMENTO es un aspecto de una propaganda de múltiples frentes de lucha; un matiz especial que complementa la labor del cotidiano y que cumple su misión entre este y la editorial para libros y folletos. Todo es necesario, todo contribuye a mantener alerta el espíritu de los compañeros, por la agitación diaria, por los problemas de la cultura revolucionaria, por el ensanchamiento de los horizontes mentales de los individuos.

Nuestra aspiración consistía más bien en ampliar que en cercenar el campo y los medios de acción. ¿Podremos continuar así? Al terminar este año somos menos de los que éramos, y para este trabajo por lo menos intenso, que requiere voluntades firmes y una cierta pericia, sin hablar ya de energía, no abundan los elementos capaces, al menos no los conocemos, al menos no se ofrecen a llenar los claros, a cubrir las filas diezmadas.

Con ese sentimiento cerramos el año. No prometemos nada. Quisiéramos hacer mucho, mucho, y haremos todo lo que podamos. No se mata a los hijos por voluntad, y el SUPLEMENTO es hijo dilecto de nuestros esfuerzos; si sucumbe será por causa de la tragedia que nos ha enlutado. Que los asesinos canten himnos de júbilo. ¿Era eso lo que querían?

El SUPLEMENTO disfruta de una sincera acogida intencional; suele apreciarse su valor y su significación; tiene sus lectores inmutables en todos los países y mantiene contacto en el pensamiento anarquista mundial.

Por consiguiente su razón de ser es innegable. Hace falta un órgano de estudio, donde puedan profundizarse problemas nuestros, donde se recoja como en un archivo la documentación anarquista de todos los tiempos y países. Queremos que sea esta revista el vehículo de ese anhelo. Toda buena idea hallará en sus páginas amplia hospitalidad y toda ayuda moral, intelectual y material contribuirá a la realización de nuestro deseo y al prestigio de nuestra noble causa.

Dejadnos contemplar el largo camino de siembra y de trabajo; son ocho largos años de esfuerzo te-

naz, de tarea ruda. ¿Y los frutos? No esperamos nosotros recogerlos, beneficiarnos, recibir los laureles. Nuestra misión está en la siembra; otros harán la cosecha; sólo alentamos la esperanza de que los frutos sean abundantes y fecundos para el progreso humano y para la evolución de las conciencias hacia la libertad y la justicia.

Cerramos con este número el año octavo de la existencia de este órgano de propaganda. Hubiéramos ambicionado poder hacerlo con un estado de ánimo optimista, con el optimismo de los grandes triunfos próximos. Pero el panorama mundial sigue preñado de nubes y nosotros estamos todavía luchando contra la corriente, alentados por la llama de la esperanza. No perdemos la fe, pero no nos hacemos ilusiones. Hay que trabajar más y más firmemente; por eso apelamos nuevamente a las buenas voluntades, a los hermanos en el ideal; el faro brilla a lo lejos, brilla siempre. Que todos aquellos que saben apreciar la importancia de esta obra, arrimen el hombro y alivien nuestra brega. Desde este baluarte abriremos muchos claros en la mola de la indiferencia, de la ignorancia y de la hostilidad.

La salud y la alimentación

En estos tiempos de mercantilismo, es conveniente dudar de todo, pasarlo todo por el tamiz de una crítica severa y no admitir nada sin prueba de inventario. De lo contrario puede ocurrirnos que tomemos por santo y bueno lo que no es más que un producto del ansia de especulación y de ganancia de los dirigentes capitalistas.

Un campo típico para medir hasta qué grado el mercantilismo lo domina todo es el de alimentación. No hay veneno que no se eleve a las nubes siempre que sea susceptible de producir buenas rentas a quienes lo expenden y elaboran. Así encontramos la mitad del comercio repleto de cosas perfectamente inútiles, sino nocivas, pero que producen buenos ingresos a los industriales y a los vendedores. La vida se complica y se envenena de esta manera y la existencia se convierte en un infierno de sufrimientos superfluos, de cargas deprimentes, de esfuerzos inhumanos.

Hace pocos días los bodegueros de la provincia de Mendoza se lamentaban amargamente de la poca salida de los vinos, del consumo deficiente y de la enorme cantidad de hectolitros que quedaba en depósito de la última cosecha. Decía poco más o menos que consumir más vino era hacer obra patriótica, velar por la prosperidad de la industria nacional.

Al respecto, damos esta noticia telegráfica:

“París, diciembre 20. — La conferencia internacional que se realiza con los auspicios de la Oficina Internacional de Vinos realizó sesiones para estudiar los diversos métodos empleados en distintos países para la defensa de esta clase de bebida, tanto desde el punto de vista del productor como desde el punto de vista del consumidor.

“Los delegados auspiciaron calurosamente la idea sugerida por la delegación española sobre establecimiento de una escuela especial destinada al estudio de los efectos benéficos que para la salud tiene el vino puro.”

De donde resultará que no sólo es patriótico el consumo de vino en gran cantidad, sino también sumamente beneficioso para la salud del hombre.

¿Qué vale la ciencia contra los intereses de los industriales vitivinícolas? ¿Qué vale la experiencia y la experimentación? Ante una campaña de publicidad en favor del consumo sin medida de vinos, vacilarán las autoridades científicas más sólidamente cimentadas.

La prensa extranjera de estos días nos trae noticias sobre la propaganda hecha en Francia en favor de la carne, que sería un alimento superior para el niño, y en Inglaterra en favor del pescado. Surgirán médicos de fama recomendando en unas partes la carne, en otras la verdura, en otras el pescado, la leche, el vino, etc., etc. No sabremos nunca si hablan en nombre de la ciencia o al servicio de compañías de publicidad y de empresas industriales y comerciales poderosas. Pero si no lo sabremos nunca de un modo completo, al menos podemos adivinar tras cada una de esas propagandas los intereses comerciales básicos que las inspiran y sostienen.

ELISEO RECLUS. - la vida de un sabio justo y rebelde

Ha aparecido el segundo tomo de la biografía de Reclus por Max Nettlau. Los que tienen ya el primero se apresurarán a leer el segundo, que refleja mucho mejor que aquél al Reclus anarquista, al militante dispuesto a secundar toda buena iniciativa. He aquí el compendio de la descripción moral del sabio compañero:

“Reclus es para mí entre muchos sabios el que se ha desarrollado más al unísono con la humanidad, el sabio que también abarcó en sus más amplias relaciones los objetos de su investigación, poniéndolos con cuidado especial al alcance de la comprensión del os hombres. Esto fué ejecutado por él de un modo ingenioso en un dominio inmenso, que comprende desde los comienzos de la formación del globo terrestre hasta los fenómenos y manifestaciones espirituales en las diferentes partes de la tierra; los resultados de este gran trabajo fueron expuestos por él en una forma estéticamente bella. Con esto ad-

quirió un conocimiento profundo del desarrollo de las cosas, y si éste le condujo a las esperanzas y los deseos más libertarios respecto del porvenir, alegrémonos, pues, de ello, ya que esto implica una importante afirmación, en robustecimiento de nuestras propias esperanzas. Existen millares de sabios especializados que superan a Reclus con su masa de disertaciones científicas, pero hay muy pocos de la especie de un Herder, de un Forster, Humboldt y otros, a los cuales, de igual modo que a Reclus, se les pueda calificar de sabios con perspectivas universales y el más profundo amor y respeto por los hombres, esto último especialmente relevante en el caso de Eliseo Reclus.

“Como anarquista no podía ser de otra manera, es decir, no podía poner límites a su amplia visión, a su modo de pensar libre e imparcial, a su solidaridad, que abarcaba todo: por eso fué el anarquista más libertario que uno puede imaginarse”...

Este segundo tomo tiene 310 páginas y se vende a \$ 1.50 el ejemplar.

El subjetivismo, por Han Ryner

Libro de filosofía, profundamente humano, que busca la felicidad colectiva en la felicidad de cada individuo, en su perfeccionamiento moral, en la tranquilidad interior, en la tolerancia, en el desprendimiento de todo lo superfluo, de adentro y de afuera. Sin orientadores que nos metan a la fuerza teorías inútiles que no hacen más que dividirnos. “Sin perros, sin pastores, para que no haya rebaños”.

Son palabras suyas, además: “Sólo te parece enemigo aquello que divide a los hombres, separándolos en rebaños hostiles. Lo que amas en tu hermano es el hombre profundo, el hombre profundo, no las superpuestas máscaras que caracterizan un tiempo y un país.” (pág. 46). “...Una causa que tiene necesidad de soldados, es una mala causa.” (pág. 46).

Podríamos citar otras cien frases del librito, excelentes tónicos para la salud moral.



HUGO TRENI

Por un centro de información social y anarquista

En el campo de la propaganda escrita, nosotros, los anarquistas, desarrollamos una actividad de las más considerables, no sólo en lo que se refiere a nuestro movimiento y a nuestras escasas posibilidades financieras, sino en lo que respecta también a los otros partidos políticos y revolucionarios más ricos que nosotros en hombres y en medios, pero no dotados de un profundo espíritu de sacrificio y de abnegación. Publicamos cotidianos, revistas, periódicos semanales, libros, folletos en cantidad y variedad tales que nosotros mismos nos maravillamos aun cuando guiados por un espíritu muy desarrollado de autocrítica somos difícilmente contentables. Sin embargo el trabajo en este sentido es verdaderamente grande. Y es a manos llenas como esparcimos esta siembra fecunda sin cálculo, porque llevamos la certidumbre de que dará buenos y copiosos frutos. Ese trabajo es bueno y grande, pero ¿podemos afirmar con toda conciencia que no se puede y no se debe hacer mejor y más, que, con otras palabras, debemos dejarnos mecer por la satisfacción que nos da la seguridad de haber realizado bien una tarea nuestra, y no hacer nada más, buscar algún medio para modificar alguna imperfección que se haya podido escapar en toda esa obra? No, ciertamente, y está muy lejos de mí esa idea, porque veo que si hacemos mucho, con muchos esfuerzos, podríamos hacer mucho más sin exigir esfuerzos más grandes, sólo con una mejor y más racional organización de nuestras publicaciones: periódicos, revistas, folletos.

Pero no es este el aspecto de la cuestión que me interesaba poner de relieve más particularmente a los compañeros que se reunirán en el congreso de Santa Fe. Sobre esto basta que los compañeros lo tengan en cuenta localmente y que traten de remediar el mal lo mejor posible. Es otra sugestión la que quisiera exponer y que me parece importante porque contribuiría, de modo sensible, a dar una mayor eficiencia intelectual a nuestro movimiento y a permitir el conocimiento de nuestras ideas también a elementos no nuestros pero a quienes interesaría saber el fondo de nuestro ideal; sin embargo para los que sería indudablemente más útil sería para los redactores de todas estas publicaciones, porque podría ponerse en sus manos una fuente continua de documentación. Por lo demás, sólo el hecho de poder contribuir a hacer conocer nuestras ideas también a los adversarios tales como son y no como ellos las piensan o las quisieran para combatirnos más fácilmente, sería ya una propaganda de importancia bastante grande a realizar. Pues incluso a nuestros adversarios no les pedimos mucho cuando les exigimos el conocimiento de nuestras ideas y les presentamos el medio de adquirirlo. Nos-

otros, por lo demás, no pretendemos que todos se vuelvan anarquistas, sin conocernos, pero desearíamos al menos que conociesen muchos más nuestras ideas, porque si fuera así, sentiríamos en nosotros la certidumbre de que no podrían continuar siendo, con toda honestidad, adversarios nuestros. Pero actualmente son muchas las dificultades que encuentra el que quiere crearse un conocimiento profundo de nuestras ideas, el que estudie o quiera estudiar nuestro movimiento; y sólo si está armado de una constancia y de un intelecto como el de nuestro querido compañero Nettlau — lo que es muy raro — se puede conseguir algo serio y documentado.

Nosotros publicamos mucho, difundimos mucha prensa, pero de una parte, sea porque estamos absorbidos por la actividad diaria, sea en defensa de nuestras víctimas, sea para rechazar algunos abusos de las autoridades y de la mala organización económica actual, y por otra parte debido a las discusiones de orden interno de nuestro movimiento, estamos obligados a reservar muy poco espacio a la exposición teórica de nuestras ideas, al estudio de los problemas que se conexian con la posible realización de éstas, de manera que estamos obligados a investigar largamente antes de conseguir formarnos un concepto claro y preciso de lo que somos y de lo que queremos.

Además, si nosotros mismos deseáramos o tuviéramos necesidad de saber lo que ha escrito tal o cual compañero sobre nuestras ideas, o alguno de nosotros mismos sobre una cuestión dada, nos hallaríamos frente a tales dificultades que nos impedirían realizar el trabajo que nos proponíamos hacer.

Si un compañero nuestro o un estudioso cualquiera quisiera trazar la bibliografía de un decenio solo de un movimiento nuestro, se hallaría de nuevo ante tales y tales dificultades para dar una forma verdaderamente seria y documentada a su trabajo, que poco después de las primeras tentativas lo abandonaría todo. No sólo eso, sino que si otro compañero quisiera documentarse sobre el punto de vista de los anarquistas, aunque no se puede hallar un pensamiento único, sino al menos sobre lo que es esencial y generalmente admitido o combatido, se encontraría nuevamente ante las mismas dificultades para documentarse convenientemente, pues, aun cuando se dirigiese a las bibliotecas burguesas, éstas, salvo rarísimas excepciones, no tienen todas nuestras publicaciones ni una documentación adecuada.

Esto sobre todo en un país como la Argentina donde el movimiento anarquista está bastante desarrollado y nuestras publicaciones salen, por decirlo así, a centenares. Es sobre esa deficiencia, sobre la falta de un medio de documentación nuestro sobre lo que reclamamos la atención de los compañeros de la Argenti-

na que se reunirán en congreso. Esta idea, como la falta de semejante medio de documentación no debe haber nacido ni sido constatada sólo por mí, sino seguramente por todos los que han querido dedicarse al estudio de nuestras ideas y a los problemas prácticos inherentes a nuestro movimiento.

Otro ejemplo. Muchos redactores de publicaciones nuestras, si tuviesen que trazar, desapasionadamente y con documentos, una historia de la actividad de nuestros compañeros en Rusia durante la revolución — esto es sólo a título de ejemplo, y el ejemplo se podría basar sobre otro argumento cualquiera, lo que no modificaría en nada la argumentación, — se vería en un apuro tal que sólo con muchas dificultades podría salir del apuro. Y sin embargo tales y tantos documentos se publicaron, tales y tantas obras vieron la luz, que si hubiésemos tenido sólo el cuidado de recogerlas podríamos dar en toda ocasión y a todo estudioso un material tan rico como para permitir ese trabajo. Y así respecto de todas las cuestiones.

Si ciertamente, hay diversos compañeros que individualmente hacen todo lo que les es posible para no dejar que se pierda todo, eso no es suficiente, pues ocurre esto de terrible entre nosotros, que diversas publicaciones nuestras que se editan desde hace muchísimos años, ni siquiera tienen a disposición de sus redacciones colecciones enteras. ¿Qué hacer entonces? ¿Cómo reparar esa deficiencia? Son estas las cuestiones que planteo a los compañeros todos, pero más especialmente a los compañeros de la Argentina que se reunirán en Santa Fe y que pusieron entre los diversos puntos de la orden del día el siguiente: *Ideas y sugerencias para regularizar la acción cultural del anarquismo por medio del libro y del folleto.*

Por mi cuenta me permitiré, a título de sugestión que indudablemente sería elaborada con más calma luego con el concurso de diversos compañeros para crear algo que responda verdaderamente a las necesidades al mismo tiempo que pueda apoyarse sobre bases sólidas que garanticen un trabajo largo y duradero, un Centro de documentación social y anarquista. Este centro, ayudado y sostenido por todos los compañeros, estaría a disposición de todos los que tuviesen necesidad de él. Sus modalidades de funcionamiento se podrían trazar más adelante; pero lo que se refiere a su plan de trabajo podría ser, en grandes líneas, el siguiente:

1) Recoger libros de estudio y de documentación referentes al movimiento obrero, al social y particularmente al anarquista.

2) Dedicarse a la investigación de obras y documentos de todo género relativos a los orígenes de nuestro movimiento, a su desarrollo y a su situación actual en los diversos países. Sobre el origen y la evolución del movimiento obrero en todos los pueblos.

3) Sobre los hechos acontecidos, sobre los movimientos que más pueden interesar, incluso desde el punto de vista libertario y que tienen relación con nuestro movimiento y con el obrero. Recoger material bibliográfico y biográfico, crear certámenes literarios, históricos y sociales. Trazar luego bibliografías y dar informaciones a quienes las necesitan, o mejor aún, tenerlas a disposición de los compañeros o de los estudiosos; facilitar luego traducciones, proporcionar — bajo garantías — los libros y docu-

mentos recogidos a los compañeros y a los estudiosos, etc., etc.

Ciertamente a muchos compañeros les podrán amedrentar tantos esfuerzos como exigirá sobre todo al principio tal iniciativa, y quizás no piensen en los beneficios inmediatos que podría aportar a nuestro movimiento desde el instante de su funcionamiento. Pero esos esfuerzos y sacrificios iniciales, con el tiempo y la segura colaboración de los compañeros todos disminuirán más y más a medida que pueda desarrollarse y harán de esta una iniciativa que vivirá y continuará funcionando por el impulso adquirido. Sobre todo porque, no es preciso decirlo, todas las publicaciones nuestras o amigas enviarán al menos dos ejemplares de todas sus ediciones, — periódicos, revistas, libros, folletos, manifiestos, declaraciones, resoluciones, etc. etc.

Esta proposición mía podría seguramente elaborarse con más tranquilidad pero lo esencial es que en principio los compañeros la acepten y luego den el encargo a tres o cuatro camaradas competentes para desarrollarla y organizarla de manera definitiva como para presentarla a todos. Estoy convencido de que entonces no será una obra de poca importancia la que realizaremos con pocos sacrificios y con grandes ventajas. Pero de cualquier modo pienso que pueda tomarse en consideración y ser estudiada.

EDITORIAL "LA PROTESTA"

NUEVAS EDICIONES

Eliseo Reclus: LA ANARQUIA Y LA IGLESIA	0.10
Anselmo Lorenzo: EL DERECHO A LA EVOLUCION	0.10
Juan Crusao: CARTA GAUCHA, séptima edición	0.10
P. Kropotkin: A LOS JOVENES L. Fabbri: ¿QUE ES LA ANARQUIA?	0.10
D. A. de Santillán: LA JORNADA DE SEIS HORAS, tercera edición	0.10
Ana María Mozzoni: A LAS HIJAS DEL PUEBLO	0.10
Eliseo Reclus: A MI HERMANO EL CAMPESINO	0.10

De estos folletos hay ediciones económicas a \$ 2, 2.50 y 3 el cien para la distribución gratuita por grupos, sindicatos y compañeros.

MAX NETTLAU

Las mentalidades y las revoluciones

A menudo la indignación, el odio, la rabia contra un organismo considerado odioso inspiran el deseo de su destrucción completa, absoluta, y sin duda, si se trata de una cosa totalmente viciada y que puede separarse de un organismo por lo demás sano, es preciso desembarazarse a todo precio de ella. Las cosas se complican cuando una separación acabada, como por una amputación, no es posible. Hay enfermedades que corrompen el cuerpo humano interiormente y no se puede destruir ese cuerpo a causa de eso y procurarse un cuerpo nuevo. Lo mismo ocurre con la sociedad que está muy enferma, que sufre por un parasitismo exterior tanto como por una sangre viciada y empobrecida; quiero decir que, si una parte de su mal reside en las opresiones y explotaciones exteriores que podrían separarse por operaciones de cirugía social, la enfermedad secular de la autoridad y muchas otras aflicciones circulan en sus arterias mismas y tienen necesidad de curas más esmeradas, más delicadas, menos bruscas en todo caso que el hierro y el fuego del cirujano.

Ese es, me parece, el problema íntimo de las revoluciones que, teóricamente, podrían ir muy lejos, pero que, en la práctica, tienen límites por el hecho que el cuerpo social que desean cambiar y renovar, es en el fondo el viejo cuerpo social enfermo y condenado también y no puede experimentar, en la totalidad de sus partes componentes, una transformación completa. Muchas de esas partes pueden ser sacrificadas sin duda y una nueva generación restablecerá esas pérdidas y nacerá ya en ambientes nuevos, pero la gran masa de los hombres y mujeres sobre los cuales pasará la revolución, no podrá realizarla siempre más que en la medida de sus fuerzas presentes—que fueron debilitadas por el antiguo régimen, que no han sido ejercitadas y a menudo fueron desviadas y desfiguradas. Como el mejor remedio no puede tener un imperio completo sobre un cuerpo gastado y enfermo, así los esfuerzos de la revolución serán aminorados por la falta de receptividad de los hombres gastados y rutinarios que encontrará por término medio. El entusiasmo despertado, desencadenado en un gran número de otros, contrabalancea ese peso muerto, ese déficit de receptividad, pero en el resultado final todas esas fuerzas y debilidades entran en la cuenta y no corresponderá nunca completamente a las expectativas teóricas.

LA ILUSION PANDESTRUCTORA

La pandestructura no es pues una fórmula panacea, puesto que el mal reside tanto en nosotros mismos como se impone a nosotros y no podemos querer destruirnos a nosotros mismos en sociedad completa. La renovación más fundamental fué quizás la propuesta por Ernest Coeurderoy en su libro de 1854,

Hurrah! ou la Révolution par les Cosaques, libro de los más raros, que he examinado en esta revista hace cuatro o cinco años. La revolución rusa de 1917-18 ha tenido, entre otras, algunas inclinaciones en tal dirección y se ha destruido bastante, pero desde entonces se observa al contrario cada vez más, que se deplora cada pérdida, destrucción, desperdicio y que se toman todo el trabajo del mundo para llegar al menos de nuevo al nivel de que se ha partido. Vale la pena recordarse de las palabras de Malatesta (*Pensiero e Volontá*, octubre 1 de 1925): "...No hay que proponerse destruirlo todo creyendo que después las cosas se ajustarán por sí mismas. La civilización actual es fruto de una evolución milenaria y ha resuelto en cierto modo el problema de la convivencia de millones y millones de hombres, a menudo amontonados en territorios restringidos, y el de la satisfacción de necesidades siempre crecientes y siempre más complicadas. Sus beneficios han disminuido — y para la gran masa han sido casi anulados por el hecho que la evolución se ha hecho bajo la presión de la autoridad y en interés de los dominadores; pero si se quita la autoridad y el privilegio, quedan siempre las ventajas adquiridas, los triunfos del hombre sobre las fuerzas adversas de la naturaleza, la experiencia acumulada por las generaciones extinguidas, los hábitos de sociabilidad contraídos en la larga convivencia y en los experimentados beneficios del mutuo apoyo — y sería torpe, y por lo demás imposible, renunciar a todo esto.

"Debemos por tanto combatir la autoridad y el privilegio, pero aprovecharnos de todos los beneficios de la civilización, y no destruir nada de cuanto satisface, aunque sea malamente, a una necesidad humana, más que cuando tengamos algo mejor con que sustituirlo".

Por lo demás, no son sólo los revolucionarios demasiado fogosos, demasiado arrastrados por un ímpetu generoso o demasiado doctrinarios, los que pueden tener necesidad de tales advertencias — son también los omnipotentes de nuestra edad, aquellos en cuyas manos desde el fin de la gran guerra, en París, en 1918-19, reposaba una potencia mundial todavía no concentrada en ese grado entre cuatro hombres y algunos otros: han usado de esos poderes con un fin unilateral destructor de sus enemigos y han decretado esa destrucción tan draconiana y mecánicamente y han hecho cumplir, después, inexorablemente, su ejecución, que el cuerpo social europeo entero se resiente hasta ese día, y sin que el mal y el malestar disminuyan sensiblemente, de esa cura destructora. En una palabra, curas que con la enfermedad matan o arruinan también al enfermo, no son curas — y ese criterio se aplica también a las revoluciones: por generosas que sean, si atacasen al cuerpo social en un grado desmesurado, estarían tan

poco en un buen camino como un enfermo a quien se diese de beber un vaso en lugar de una cucharada de una medicina fuerte.

OSCILACIONES SOCIALES

La sociedad, sin duda, no muere en tal caso, pero por oscilaciones llega a otros extremos, a retrocesos, y finalmente vuelve a un equilibrio correspondiente a las verdaderas fuerzas vivientes en ella. Así el despertar de la burguesía y de los años 1788 a 1791, el verdadero elemento fuerte y viviente de la revolución francesa, revolución que quería ser liberal, libertar al burgués de los obstáculos del antiguo régimen, lazos que eran tanto políticos (absolutismo) como económicos (corporatismo) y libertar al campesino de los señores feudales y hacerle propietario de la tierra que cultiva — ese despertar limitado, puramente liberal y burgués, alcanza su objetivo en julio de 1830 por el advenimiento de la monarquía ultraburguesa y en apariencia al menos liberal de Luis Felipe. La revolución inglesa del siglo diez y siete, teniendo por único objetivo instaurar definitivamente el poder aristocrático y burgués contra el poder real, que comenzó hacia 1640 termina en 1688, cuando la nueva dinastía se somete. Robespierre y Napoleón y Cromwell y las restauraciones monárquicas, no fueron más que oscilaciones, y no es improbable para mí que al fin del período revolucionario ruso inaugurado en enero de 1905 o en marzo de 1917, si se quiere, se verá que también Lenin y el bolchevismo no habrán sido más que oscilaciones. La eficacia de las revoluciones tiene pues límites, trazados por la capacidad, la disposición, la voluntad de la masa infinita, inaprensible que forma el todo de un país, de aceptar verdaderamente y de poner en práctica lo que los revolucionarios convencidos aspiran.

También el gran movimiento de 1848, en Europa, por las libertades constitucionales, nacionales y sociales, entrevistas en formas poco perfectas, pero como protesta generosa contra el despotismo tutelar, las opresiones contra aspiraciones culturales de las naciones y contra la burguesía desenfrenada que creía que el mundo se había creado exclusivamente para ser explotado por el burgués, en calidad de obrero-productor y de cliente-consumidor — también ese gran movimiento terminó por las derrotas populares a partir de mayo y junio de 1848; de 1849 y 1851. Sufre la oscilación ultra-reaccionaria de los años 1850-1860, pero renació en la década siguiente por las modificaciones liberales y los arreglos nacionales de esos años y por el despertar socialista y proletario, desde la Internacional a la Comuna de París en 1871. Después un nuevo retroceso y desintegraciones, desilusiones en cuanto a los fines todavía demasiado estrechos y limitados propuestos hasta entonces: nace la conciencia de que las verdaderas liberaciones deberán ser mucho más amplias y completas. Nace el sentimiento del verdadero internacionalismo y de la agrupación de las entidades locales por el federalismo, nace la comprensión de que el Estado incluso el más popular será siempre incompatible con el libre desenvolvimiento de los humanos y de ahí se deriva la idea poderosa de la anarquía, y nace el deseo de un verdadero socialismo expropiador que pondrá la riqueza social directamente a disposición de todos, pues, como hombres, tienen todos un derecho imprescriptible a los bienes

de este globo que habitan con el mismo derecho, exactamente, que cualquiera otro. Vivimos actualmente en el período en que todas estas cuestiones se plantean y en que todos los que no quieren o no pueden ir al fondo de las cosas, forman un bloc conservador que se extiende del socialismo de fachada de los eternos reformistas y del estatismo extremo de muchos otros socialistas, por tanto de la socialdemocracia y del bolchevismo, con regresiones al pasado más negro, representadas por ciertos nacionalismos y el fascismo, a través de un burguesismo muy próspero y arrogante hacia fuera, pero que siente debilitarse sus fundamentos, dispuestos a hundirse un día u otro. Porque ese burguesismo no tiene contenido intelectual, ni la verdadera misión que se da, no es más que un mecanismo en curso de producción febril que, en proporción siempre creciente, está en el camino seguro de producir más de lo que podrá vender — y entonces se tendrá la lucha feroz de las rivalidades burguesas entre sí y el vencedor que haya conquistado monopolios de producción, no podrá vender más a vencidos, empobrecidos y arruinados. Una crisis semejante amenaza al estatismo que, contraparte del mecanismo, cada vez más rápido atrae hacia él la masa inerte de los funcionarios, que crean un rodaje más y más inmovilizado de mediocridades y nulidades que son objetivo de sí mismos y que vivirán en el país como las langostas: eso conducirá también a situaciones imposibles, porque las langostas no pueden comer varias veces el mismo país. Entonces, si las ideas verdaderamente internacionales, anarquistas y socialistas-expropiadoras saben incorporarse en hombres de verdadera iniciativa y decisión, su hora habrá llegado: estarán frente a sistemas y regímenes desacreditados, pateando en las incoherencias y la ruina y la campaña fúnebre de ese bloc virtual e intelectualmente conservador habrá sonado.

FUERZA Y DEBILIDAD

Estamos, pues, en medio de la lucha comenzada en 1848 y en un punto que es imposible determinar de uno de sus giros más críticos. Por fuertes que seamos en idea, somos todavía débiles por nuestra influencia sobre la gran masa de los hombres, y el bloc conservador se encuentra en situación enteramente opuesta, siendo cada vez más débil en ideas, pero permaneciendo fuerte en hombres. Si fuesen realmente dos ejércitos en batalla, los unos se desinteresarían de la suerte de los otros y les exterminarían, si lo pudiesen, y tal es también el sentimiento de los fascistas, burgueses, bolchevistas y socialdemócratas respecto de nosotros, frente a los verdaderos socialistas y libertarios — los eliminarían a sangre fría, si no pudiesen sofocarles y hacerles enmudecer — en cuanto pudieran.

Pero como he tratado de mostrar al comienzo de estas observaciones, no podemos ni queremos hacer lo mismo, no queremos establecer una dominación ni sobre cadáveres ni sobre esclavos y no buscamos la soledad y la primitividad, sino que reclamamos el goce de las bellas creaciones del genio humano a través de todos los tiempos, — creaciones de nuestros antepasados y los suyos.

Es eso lo que nos pone ante una gran tarea que es claramente doble: la de formarnos nosotros mismos y formar aquellos que están dispuestos a aceptar las ideas socialistas y libertarias, como representantes activos e inteligentes de esas ideas en su

plenitud, y la de humanizar la simple convivencia con hombres que quieren crearse un ambiente, una vida y un medio verdaderamente libres.

Esta segunda tarea no es enteramente una superficialidad, una exacción inútil. Para el tiempo que corre, todo lo opuesto está en tren de convertirse en una regla en gran escala. Se elimina cuidadosamente la tolerancia y la amplitud de las relaciones entre los hombres, se pisotea una por una las libertades largo tiempo reconocidas o conquistadas con tantos sacrificios en el siglo XIX. El monstruo *culius regio, illius religio* del siglo XVI — the religion of the prince (catholicism or protestantism) is to be the religion of the population of his territory — renace bajo muchas formas. Las minorías nacionales, lingüísticas en Europa saben algo de eso. Lo mismo las minorías socialistas allí donde un llamado socialismo está en el poder, como las minorías o, en general, todo el mundo allí donde diezma el fascismo. Lo mismo los sindicatos revolucionarios, los obreros anarquistas, todos los que no besan las suelas de los zapatos de los papas socialistas y de los grandes jefes organizadores de un país. En una palabra, hay intolerancia absoluta, erigida en principio, y naturalmente el Estado, que el liberalismo del siglo pasado había reducido un poco en sus funciones, toma su revancha ahora y donde faltan todavía, la burguesía crea fuerzas armadas privadas.

Todo eso ha llegado al punto que amenaza a los libertarios no sólo en sus actividades directas, sino que les impone una coacción intelectual y moral; la de ser tentados a represalias intolerantes, autoritarias también y a contaminar así su propia idea. No es un peligro que haya que descuidar. Hemos visto el ejemplo del bolchevismo victorioso por el momento gracias al desprecio hacia la libertad, inspirar en subconciencia la Plataforma de los anarquistas rusos en el extranjero y ahora, atenuada en parte, sobre muchos anarquistas de otros países. Y vemos a los camaradas italianos, en su deseo de oponer la mayor fuerza posible al fascismo, tironeados entre el amor a su autonomía libertaria y el deseo de unirse con otros para formar una falange antifascista que, por la naturaleza de sus componentes, no podrá nunca ser exclusivamente libertaria. Todas estas situaciones impuestas obstaculizan la independencia libertaria y resucitan veleidades autoritarias que duermen en algunos.

DOS SOCIALISMOS

En el fondo de todo eso está el hecho que se encara demasiado poco y del que se sacan demasiado pocas conclusiones lógicas: *si hoy dos socialismos, el autoritario y el libertario — hecho de los más palpables, — después de una revolución social esos dos socialismos se confrontarán de nuevo desde la primera hora. Y si hoy el pueblo, la masa, deja hacer, se desinteresa u obedece más bien mecánicamente a los que le piden menos en esfuerzo, a los que les hacen más promesas, a los que saben mandar y hacerse obedecer, a los autoritarios, es más que probable que hará lo mismo después de una revolución social: después de la satisfacción de ciertos odios, y reyanchas por vía directa, cuando no existan los gendarmes, el pueblo se doblegará ante ese socialismo que continuará más la rutina presente y que sabrá continuar también la autoridad, suprimir las responsabilidades, perorar y prometer, gobernar*

y dominar. Los libertarios serán igualmente los enemigos de ese nuevo sistema llamado socialista, otros tantos perseguidos bien pronto, como lo son en la Rusia soviética presente donde es permitido clamar en pro de la guerra contra China, pero no está permitido pronunciar una sola palabra de libertad. Esa Rusia nos sirve verdaderamente de faro que muestra el mar sembrado de escollos del socialismo autoritario con una claridad que ningún razonamiento, ninguna previsión, ningún instinto previsor podrían igualar.

¿Y una *revaluación anarquista*? Al respecto, recuerdo lo que dice Malatesta en el artículo ya citado: "... Comencemos por decir que la revolución no podemos hacerla nosotros solos; y no sería, aparte de la cuestión de la fuerza material, ni siquiera deseable hacerla nosotros solos; porque si no se ponen en movimiento todas las fuerzas espirituales del país, y con ellas todos los intereses y todas las aspiraciones tácitas o latentes que hay en el pueblo, la revolución sería un aborto. Y en el caso, poco probable, que venciésemos por propia cuenta, nos encontraríamos en la absurda posición de imponernos, de mandar, de obligar a los demás y por tanto de cesar de ser anarquistas y de matar la revolución misma con nuestro autoritarismo, o bien de rehusarnos en toda la línea, es decir, retirarnos y dejar que otros se aprovechen de nuestra obra para fines opuestos a los nuestros".

Malatesta concluyó: "Sería preciso por tanto obrar de común acuerdo con todas las fuerzas progresivas existentes, con todos los partidos de vanguardia, y atraer al movimiento, conmover, interesar a las grandes masas, dejando que la revolución, de la que somos un factor entre los otros, produzca lo que pueda producir".

Para los anarquistas, Malatesta recomienda "combatir en favor de nuestro programa: abolición del poder político y expropiación de los capitalistas" y no reconocer y, en cuanto sea posible, derribar toda constitución de nuevos poderes.

En todos los casos — termina — reclamar y exigir, incluso con la fuerza, nuestra plena autonomía y el derecho y los medios para organizarnos a nuestro modo y experimentar nuestros métodos". A eso se agrega, entre los problemas prácticos de la nueva vida que habrá que estudiar entonces: "... relaciones entre las agrupaciones anarquistas y las que viven bajo una autoridad, entre colectividades comunistas y las que viven en régimen individualista".

PLURALIDAD DE FORMAS DE CONVIVENCIA

Estos extractos (octubre de 1925) muestran que para una revolución de alcance tangible — y no para esa revolución de fecha lejana en que todo el mundo esté conquistado en favor de una concepción social única, anarquista u otra, y que no tendría ya necesidad de hacerse, puesto que las masas se mostrarían en su favor de antemano, — también Malatesta ha visto que al día siguiente los diferentes socialismos se constituirían cada cual a su modo, que los anarquistas se constituirían entre ellos, en autonomía y con una parte adecuada de la riqueza social para el uso de su vida nueva según sus ideas; en cuanto a los socialistas autoritarios, los anarquistas rechazarían sus invasiones, apoyarían sus esfuerzos para poner un fin a esas perversiones, pero, mientras tanto, estudiarían un *modus vivendi* con esos

organismos que "viven bajo una autoridad" y "en régimen individualista".

En una palabra, el dogma o el sueño del *sistema único* es quebrantado aquí. Ese sistema único ha sonreído largo tiempo a todo creyente socialista, como la religión única sonreía al fanático religioso. Sería tan bello si todos fuesen del mismo matiz del socialismo, como de la misma fe religiosa, — dicen los unos; sería una uniformidad horrorosa, por lo demás imposible, salvo al fin de los días, después de las eternidades de conversiones sucesivas. Antes si se quiere, si verdaderamente un hecho saliente, un triunfo que se manifiesta para todos, distinguiese un matiz particular por sobre todos los otros, para ser aceptado por completo, como se ha aceptado el barco a vapor, el ferrocarril, la luz eléctrica y tantas otras realidades tangibles y útiles. Pero el socialismo *no realizado* no puede producir tales hechos y nosotros podemos rivalizar en celo, abnegación, fanatismo, energía, sacrificio, por el *matiz* que nos es caro: todo eso no prueba absolutamente nada en cuanto a su valor definitivo, que no podemos prever.

Una unidad socialista, si es realizada alguna vez como un descubrimiento, un resultado feliz imposible de prever, no podrá pues existir no ser presumida o descontada de antemano, en las primeras etapas del socialismo victorioso, después de una revolución, y se hace necesario por tanto, vital, pensar en los medios de preservar al pueblo victorioso contra los desgarramientos internos tan feroces o más feroces todavía, que los que vemos producirse desde hace doce años en Rusia.

Se dirá, quizás, que nada puede impedir el juego de las pasiones, de los intereses, de las codicias autoritarias, de los caprichos incalculables de los mil o de los millones de voluntades desencadenadas, dispuestas a manifestarse a diestro y siniestro, digan lo que quieran los predicadores en desierto, los amigos del buen sentido, de los buenos procedimientos, de la convivencia y de la buena vecindad. Tanto peor, pero esa no es una razón para no comenzar seriamente alguna vez a buscar una salida de un callejón en que caerá en lo sucesivo toda revolución social: porque ni los autoritarios serán transformados por algún milagro, ni los libertarios pensarían en eclipsarse voluntariamente. Bajo este último aspecto los libertarios en Rusia han hecho bastante en 1917-18 y lo mismo casi todos los libertarios extranjeros hicieron en los primeros tiempos todas las concesiones posibles a lo que no fué desde el comienzo más que el marxismo triunfante y dominado por el delirio de los Césares y desdeñoso de toda solidaridad con cualquier otro socialismo que no hiciese su sumisión completa ante los vencedores-usurpadores. Esta ingenuidad no se repetirá ya, lo esperamos, la lucha será pues tanto más aguda desde la primera hora.

EL ESPIRITU DE SOBERANIA

Es ego lo que motiva mi llamado constante a reflexionar de antemano, a buscar los medios de convivencia entre los socialistas diversos que evitaría la repetición de la tragedia rusa. He hablado antes de tales medios y no volveré aquí sobre ese asunto. Pero será evidente que es sobre nosotros solos — y sobre todos los hombres de bien en el mundo — sobre los que reposa esa gran tarea de preparar

los espíritus para esa convivencia que para todos los autoritarios se convierte más y más en una cosa que desprecian soberanamente. Para ellos, sean Lenin, Stalin o Mussolini o los grandes jefes burgueses, nacionalistas y socialdemócratas que hablan, no hay más que desheredados en derechos al lado de los sistemas y regímenes reinantes, que minorías que vegetan, como esas minorías lingüísticas de que se burlan constantemente en la Liga de las Naciones y que Mussolini, si se han vuelto su presa como los tirolesees de lengua alemana anexados, condena a la pérdida de su lengua, de sus sentimientos y de su cultura que les son caros. O bien se decretan exodos en bloc, como el de todos los griegos de Turquía y de todos los turcos de Grecia. Esa completa privación de derechos de las minorías socialistas por el bolchevismo, de las minorías lingüísticas y culturales por el nacionalismo vencedor, hace escuela y presagia el tratamiento como paria de cualquier disidente, como en la edad media los heréticos en religión fueron declarados al margen de la comunidad social.

¿Se cree que un mundo, una masa, pueblos que dejan producirse todo eso, sin prestarle atención después de una decena de años, serán capaces de un *socialismo cualquiera* distinto quizás del que algún ejército rojo y tcheka o GPU les impongan por las bayonetas y mantengan por el terror? Yo pienso que no y habría que despedirse de todas nuestras esperanzas *si no despertamos ese mínimo de generosidad, de espíritu equitativo y de necesidad de justicia* en los pueblos de Europa — porque yo hablo aquí de esa Europa enferma donde estoy condenado a quedar y que he visto antes como una aglomeración tan bella de pueblos y naciones a quienes amo y que ahora veo presa de mentalidades que se creía extinguidas con los siglos crueles de las edades más negras de la historia. Corresponde a las poblaciones de salud y de equilibrio relativos acudir en ayuda de este continente enfermo o de lo contrario su enfermedad contaminará al globo entero.

Elevar esas mentalidades brutalizadas o atrofiadas por la indiferencia ¿cómo hacerlo? No es fácil para nosotros, porque nosotros hemos contado demasiado con el nivel relativamente alto del siglo XIX, cuando tantas conquistas parecieron adquiridas para siempre, y sin embargo ya en 1914 fueron barridas como hoja seca, cuando la Europa en guerra comenzó tan sólo a arremangarse — ¿y dónde hemos descendido después de los cuatro años de carnicería y después de los once años de *vae victis* continuo, del puñal de los vencedores constantemente removido en las llagas de los vencidos? Nosotros mismos, por nuestra asistencia pasiva hemos sido alcanzados, perdiendo la delicadeza de nuestros sentimientos, cerrando los ojos y consolándonos con la excusa banal de que tal mal nuevo sería la expiación de tal mal antiguo, que para los "internacionales" como nosotros, los dolores en lenguas y culturas locales pisoteadas son susceptibilidades indignas de nuestra atención, etc. Así el mal ha crecido y ahora podemos constatar que se nos sobrepone. Hemos sido hipnotizados por algunas cuestiones de nuestro propio ambiente, hemos perdido años discutiendo, disputando, agrupándonos y reagrupándonos y mientras tanto el mal autoritario lo ha corroído y aterrado todo.

Es preciso reponernos nosotros mismos, comprender bien que no vivimos ya en el mundo *relativa*

mente civilizado de antes de la guerra, sino en las ruinas mentales y morales que se elevan en los campos de batalla y donde se alberga una población nerviosa y enferma, desorientada y dominada por la autoridad en un grado no imaginable fuera de esta pobre Europa de nuestros días.

Las revoluciones no cambiarán nada si las mentalidades no han cambiado. Y las mentalidades no son una simple cuestión de un mejor alimento y de otras modificaciones económicas. Si fuese así no habría más que colocar a los alienados de un manicomio en un hotel bueno, en un restaurant chic, y se curarían en seguida. La vida es más complicada y las relaciones entre las mentalidades y el bienestar económico no son tan sencillas. Una mentalidad es el resultado de innumerables impresiones diversas, y para cambiarla, hay que saber poner una cantidad abundante de impresiones nuevas en su lugar.

EVOLUCION Y REVOLUCION

Una revolución no es más que una evolución acelerada por la cantidad de fuerzas acumuladas y reprimidas, que al fin se abre un camino directo por una erupción rápida. Este procedimiento economiza tiempo, produce en un instante lo que ha parecido imposible hasta entonces, pero causa también heridas, deformaciones, desgastes que habrían sido evitados, si la evolución no hubiese sido obstaculizada por fuerzas hostiles que ha sido preciso superar a todo precio. Un período de curación, de reposo, de reajuste evolutivo es pues una consecuencia natural de las revoluciones, que por sí mismas no saben más que colocar nuevos cimientos, crear un nuevo ambiente, un terreno sembrado de ruinas que hay que limpiar aún. Todo eso depende, pues, absolutamente, en su valor definitivo, de la dirección feliz de la evolución precedente y de la preparación intelectual y moral de la evolución que seguirá inmediatamente a la erupción. Y lo que alimenta la evolución, lo que la refuerza y le da una dirección inteligente y generosa, son siempre las *mentalidades*. Los instintos, los impulsos de revuelta son poderosos e indispensables para preparar las revoluciones; pero se puede compararlas al explosivo que por su parte es neutro y se puede aplicar en pro o en contra de todo, y las mentalidades son esa suma de inteligencia que es indispensable para aplicar la fuerza bruta neutra en la dirección querida para hacer de ella una fuerza que abra el camino al progreso.

Los pobres pueblos de Europa albergan en ellos todo un arsenal de fuerza bruta: miseria, odios sociales, desesperación, disposición para no importa qué grado de violencia, todo eso existe en abundancia, pero las mentalidades son desviadas, fascinadas por las explosiones cada vez más fáciles de los autoritarios, que saltan a los ojos: los libertarios no ven ni oyen casi nada más o sus voces resuenan también con un timbre autoritario, estando ante todo excitados, molestos, rencorosos, murmuradores y apelando a la venganza. Si algunas voces hablan en otro tono, son tan débiles que los no íntimos no las perciben siquiera o las perciben raramente. A veces algunos dicen altamente grandes verdades en todos los países, a excepción de Rusia: son los comunistas, y sus críticas, a menudo excelentes, terminan en la apología del bolchevismo, con este resultado, que para una parte de los lectores todo eso, aunque

sean buenas cosas, es nulo y no acontecido, o no cree nada de ello, y otra parte es atraída así al bolchevismo y perdida para la libertad. Los libertarios mismos se indignan siempre de que alguno les acuse de hacer política, si se dedican a alguna cuestión no estrictamente económica y obrera, y así quedan en las atmósferas elevadas de las generalidades y es difícil para el pueblo que está a ras de tierra entrar en verdadero contacto con ellos. Además, es la rutina la que domina, y da abstracciones allí donde habría que saber dar alimento viviente.

NECESIDAD DE UN ESFUERZO

Yo no puedo más que relatar este estado de cosas, tal como se presenta a mí, cambiando tan poco, en Europa, de año en año. Es demasiado poco todo eso; nuestra idea nos exige algo más que acompañar el gran mal que roe a Europa, de reunión de grupo a reunión de grupo, de salida de periódico a salida de periódico, con algunos comentarios lánguidos y estereotipados o hacer el trabajo de Penelope de organización, Danaides, Sísifo y Tántalo, y la brava Penelope, en esas actividades muy asiduas pero no muy fructuosas han llegado a reunir lo que se hace por la anarquía en muchos países de Europa, salvo allí donde, como respecto de los españoles y los italianos, se encuentra frente a frente con un mal de los más directos y hace lo posible para levantar la cabeza.

Pero desde que se sepa levantarse sobre ese atolladero, vencer esa astenia, sembrar ampliamente nuestra idea en una forma humanizada, aplicada al mal de nuestro tiempo, amplia y generosa, no dudo que nuestros llamados tocarán muchas cuerdas sensibles en hombres de valor que ahora verdaderamente no saben entrar en contacto con la anarquía abstracta que se expone tan a menudo. Y los camaradas de los otros países, por lejanos que estén, deberían hablarnos a nosotros, en Europa, examinar la situación por un estudio profundo y decirnos su opinión con sus nervios intactos y su vistazo de conjunto que falta demasiado en Europa. Es la hora en fin de estrechar las verdaderas solidaridades internacionales.

Lo que se deriva para mí de todas estas observaciones, es que yo siento que cuando se hagan las revoluciones algún día próximo o lejano, es esencial que sus actores más directos no estén sólo provistos de comprensiones y voluntades socialistas anarquistas, sino también de *mentalidades muy bien formadas y llenas*, que abarquen la vida humana y social de sus tiempos en conjunto, porque sólo entonces podrán dirigir su fuerza con una verdadera inteligencia y el máximo de eficacia. Y por ese medio también, antes de las revoluciones, habrán sabido prepararlas mejor, habrán entrado en contacto y solidaridad con los espíritus más inteligentes y generosos, habrán adquirido confianza y respeto en las mejores partes del pueblo y, cuando las situaciones revolucionarias se presenten, sabrán aplicar su energía del modo más eficaz e inteligente, para asegurar el logro de la mejor de las causas, la de la verdadera emancipación humana.

E. MALATESTA

En torno a "nuestro" anarquismo

Tengo la impresión, sea por lo que aparece en los diversos periódicos nuestros en Italia y fuera, sea por lo que los compañeros nos mandan y que queda en gran parte sin publicar por falta de espacio o por gran insuficiencia de composición, tengo la impresión, digo, que no hemos logrado todavía hacer comprender a todos los objetivos que nos proponíamos con esta publicación.

Hay en efecto quienes, interpretando, a su modo nuestro expreso deseo de practicidad y de realización cree que queremos "iniciar un proceso revisionista de los valores del anarquismo teórico" y, según las propias tendencias y las propias preferencias, temores o esperanzas, que queremos renunciar en la práctica si no en teoría a nuestras concepciones rigurosamente anarquistas.

No hay para tanto.

En realidad no creemos, como alguno nos ha hecho decir, que haya "antinomía entre teoría y práctica". Creemos en cambio que en general si no se puede realizar de inmediato la anarquía no es por deficiencia de la teoría, sino porque no todos son anarquistas, y los anarquistas no tienen todavía la fuerza para conquistar al menos su libertad e imponer su respeto.

En suma, quedamos firmes en las ideas que desde el origen han sido el alma del movimiento anarquista y no tenemos propiamente nada que renegar. Decimos esto no a título de mérito, porque si creyésemos haber caído en el pasado en un error sentiríamos el deber de confesarlo y de corregirnos; pero lo decimos porque es un hecho. Y el que conoce los escritos de propaganda esparcidos un poco por todas partes por los fundadores de esta revista muy difícilmente lograrían encontrar una sola contradicción entre lo que decimos ahora y lo que decíamos hace ya más de cincuenta años.

No es por tanto de "revisión" de lo que se trata, sino de desenvolvimiento de las ideas y de su aplicación a las contingencias actuales.

Cuando las ideas anarquistas eran una novedad que maravillaba y asombraba y no se podía más que hacer propaganda en vista de un lejano porvenir y las mismas tentativas insurreccionales y los procesos voluntariamente provocados y afrontados no servían más que para llamar la atención pública con propósitos de propaganda, podía bastar la crítica a la sociedad actual y la exposición del ideal a que se aspiraba. Tampoco las cuestiones de táctica eran en el fondo más que cuestiones sobre los medios mejores para propagar las ideas y preparar a los individuos y a las masas para las anheladas transformaciones.

Pero hoy los tiempos están maduros, las circunstancias han cambiado, y todo hace creer que, en un tiempo que podrá ser inminente pero que ciertamente no está muy lejano, nos encontraremos en la

posibilidad y en la necesidad de aplicar las teorías a los hechos reales y de mostrar que no sólo tenemos más razón que los otros por la superioridad de nuestro ideal de libertad, sino también porque nuestras ideas y nuestros métodos son los más prácticos para la consecución del máximo de libertad y de bienestar posible en el estado actual de la civilización.

La misma reacción que empeora y se tambalea mantiene el país en un estado de equilibrio inestable que deja abierto el camino a todas las esperanzas como a todas las catástrofes. Y los anarquistas pueden de un momento a otro ser llamados a mostrar su valor y a ejercer sobre los acontecimientos una presión que podrá en el primer instante no ser preponderante, pero que será tanto más grande cuanto mayor sea su número y su capacidad moral y técnica.

Necesidad por tanto de aprovecharse de este período transitorio, que no puede ser sino de preparación tranquila, para reunir lo más posible en fuerzas morales y materiales y estar prontos para todo lo que pueda ocurrir.

El hecho que no hay que perder de vista es este: somos una minoría relativamente pequeña, y permaneceremos tal hasta el día en que un cambio en las circunstancias exteriores — condiciones económicas mejoradas y libertad aumentada — no ponga a las masas en condiciones de poder comprendernos mejor y a nosotros en posición de poder desplegar prácticamente nuestra labor.

Ahora bien, las condiciones económicas no mejorarán sensible y establemente y la libertad no aumentará seriamente mientras quede en vigor el sistema capitalista y la organización estatal que defiende el privilegio. Por tanto el día en que, por causas que escapan en gran parte a nuestra voluntad pero que existen y deberán producir sus efectos, el equilibrio sea roto y estalle la revolución, nos encontraremos como ahora en exigua minoría entre las diversas fuerzas en conflicto.

¿Qué es lo que habremos de hacer?

Desinteresarse del movimiento sería un suicidio moral y para siempre, pues sin nuestra obra, sin la obra de los que quieren impulsar la revolución hasta la transformación social de todas las instituciones sociales, hasta la abolición de todos los privilegios y de todas las autoridades, la revolución acabaría sin haber transformado nada de esencial, y nos encontraríamos en las mismas condiciones que ahora. En otra revolución futura seremos siempre pequeña minoría y deberemos desinteresarnos del movimiento, es decir renunciar a la razón misma de nuestra existencia que es la de combatir siempre por la disolución (hasta que no se pueda conseguir la abolición completa) de la autoridad y del

privilegio — al menos para nosotros que creemos que la propaganda, la educación no puede, en todo ambiente dado, más que alcanzar un número limitado de individuos, y que es preciso cambiar las condiciones de ambiente antes de que sea posible la elevación moral de un nuevo estrato de individuos.

¿Qué hacer por tanto?

Provocar, si nos es posible, nosotros mismos el movimiento, participando en él con todas nuestras fuerzas, imprimiéndole el carácter más libertario y más igualitario que se pueda, apoyar todas las fuerzas de progreso, defender lo mejor cuando no se puede alcanzar lo óptimo; pero conservar siempre bien definido nuestro carácter de anarquistas que no queremos el poder, y soportamos mal que otros lo tomen.

Hay entre los anarquistas — no diremos entre los llamados anarquistas — quien piensa que, no siendo las masas capaces ahora de organizarse anárquicamente y de defender la revolución con métodos anarquistas, deberemos nosotros mismos poseccionarnos del poder e "imponer la anarquía con la fuerza". (La frase, como saben nuestros lectores, ha sido pronunciada literalmente en toda su crueldad).

Yo no me propongo repetir que el que cree en la potencia educativa de la fuerza brutal y en la libertad promovida y desarrollada por obra de los gobiernos, puede ser todo lo que quiera, podrá incluso tener razón en contra nuestra, pero ciertamente no puede llamarse anarquista, sino mintiéndose a sí mismo y a los demás.

Haré observar sólo que si debe haber gobierno, no hemos de ser nosotros los que podremos serlo, sea porque somos una minoría demasiado pequeña, sea porque no tenemos las cualidades que se requieran para conquistar y conservar el poder y porque, sea dicho en honor de la verdad, tampoco entre aquellos singulares compañeros que quisieran conciliar la anarquía con la dictadura "provisoria", se encuentra o se encuentra muy raramente quien sea capaz de hacer de legislador, de juez, de carabineiro... y de general masacrador! Poca muy bien haber entre nosotros algunos, y no ciertamente entre los mejores, que, por ignorancia o por razones menos confesables, se acomodarían con el partido triunfante y tratarían de tener un poco del pastel gubernativo, pero esos no harían más que traicionar la causa que quieren defender, como han hecho ciertos pretendidos anarquistas rusos, como hacen aquellos "socialistas" que se alían con los burgueses para hacer progresar el socialismo, o aquellos "republicanos" que se entregan a la monarquía para preparar la república.

Es preciso por tanto en la revolución componer selsas para que las masas se posesionen de la tierra, de los instrumentos de trabajo y de toda la riqueza social, y reclamen y tomen toda la libertad de que son capaces y organicen como puedan y como querrán la producción, el cambio y toda la vida social independientemente de toda imposición de gobierno; es preciso combatir toda centralización para dar entera libertad a las diversas localidades e impedir que otros se sirvan de las masas más atrasadas, que son siempre la gran mayoría numérica, para sofocar el ímpetu de las regiones, de las comunas y de los grupos más avanzados — y debemos en todos los casos pretender para nosotros mismos — la más completa autonomía y los medios de poder organizar nuestra

vida a nuestra manera y tratar de arrastrar a las masas con la fuerza del ejemplo y la evidencia de los resultados obtenidos.

(1924).

(— 0 —)

DE GONZALEZ PRADA

La independencia nos abrumba, como si fuera montaña de plomo. Se diría que lamentamos la esclavitud perdida, como pájaros que, lanzados al aire por un descuido del amo, regresan a revolotear y piar en derredor de la jaula.

La sociedad es un organismo enfermo: donde se aplica el dedo brota pus.

No temamos que muy pocos nos oigan y nos entiendan; cuando vibra una voz sincera y franca, los más ignorantes aplican el oído y escuchan. Lo que tomamos por insuficiencia de las masas para comprender las ideas, debe llamarse muchas veces impotencia del escritor para darse a entender.

Nos conducimos como el niño que vuelve sus espaldas a la bujía y se espanta con la gigantesca proyección de su propia sombra.

La civilización de una sociedad no se mide por la riqueza de unos pocos y la ilustración de unos cuantos, sino por el bienestar común y el nivel intelectual de las masas.

En la lucha de ideas sirven de blanco los hombres que las encarnan; de otro modo, la vida se convertiría en procesión de espectros. Cuando combaten dos ejércitos, no se entretiene en destrozar a balazos las banderas enemigas; dirigen el tiro al pecho de los soldados que las tremolan.

Toda rebelión implica valor, y valor heroico si el soberano disfruta de un poder sin límites: a mayor encumbramiento del autócrata, mayor mérito del rebelde.

Las obras maestras se distinguen por la accesibilidad, pues no forman el patrimonio de unos cuantos indicados, sino la herencia de todos los hombres con sentido común. Homero y Cervantes son ingenios democráticos: un niño los entiende. Los talentos que presumen de aristocráticos, los inaccesibles a la muchedumbre, disimulan lo vacío del fondo con lo tenebroso de la forma; tienen la profundidad del pozo que da agua, y la elevación del monte que esconde en las nubes un pico desmochado.

C. SAINT JACQUES

LOS NEGROS Y EL MUNDO

Una de las grandes características de la vejez, es su aislamiento y su ignorancia progresiva de la vida presente. En sus últimas horas, los hombres y las razas pierden contacto con su época: las novedades los sorprenden e incapaces de ponerse a tono con los días que no tienen ya fuerza para vivir, se alimentan intelectualmente de sus recuerdos de juventud. No existe su espíritu más que en su pasado histórico: su tiempo, como dicen los viejos. Pues bien lo que más sorprende en la vida europea, es su ignorancia de los grandes problemas internacionales que debían por lo tanto interesarle, si es cierto que debe cambiar total y rápidamente el curso de su existencia.

Mañana, todos los hombres que han sido azotados por las razas conquistadoras, todos los que han conocido el peligro blanco, adquiriendo conciencia de las causas de su suerte desgraciada y de su gran fuerza, se sentirán sacudidos por un soplo de libertad y de revuelta que levantará los pueblos como el huracán sacude los océanos.

Hoy examinaremos a grandes rasgos el movimiento negro. El problema es difícil de tratar. Volúmenes harían falta para resumir el calvario de esta raza mártir como así mismo la parte que le corresponde en el progreso de los sentimientos de humanidad en la vida del mundo.

El prejuicio de que es víctima esta raza no podría ser explicado más que por la educación criminal que los explotadores de los negros dan a sus pueblos.

En efecto no es prejuicio de color; mulatos más claros que algunos españoles son víctimas; no es prejuicio de educación, pues negros y mulatos nacidos en Europa y que poseen todos los refinamientos de la civilización son víctimas también. Esclava, esta raza lo ha sido parcialmente como las otras y menos que las otras no ha admitido el representar ese rol envilecedor. La historia de la esclavitud de los negros retumba de gritos de revuelta que no se encuentran en la esclavitud de los blancos, y allí donde el esclavo blanco Espartaco fracasó, el esclavo negro Desalines ha triunfado porque fué mejor seguido por sus hermanos; la primera nación de la América latina que levantó el estandarte de la independencia fué una república negra: Haití. En realidad, la raza negra ha sido castigada y despreciada porque, profundamente humanitaria y desinteresada, no se contó nunca entre las razas conquistadoras. Ayer, la fuerza brutal solamente dominaba el mundo, la fuerza brutal se doblegaba a las potencias del dinero; pero la opinión de las masas, la justicia, entrarán también en el concierto de las fuerzas y las cualidades intrínsecas de los pueblos tendrán otras bases de apreciación. Por eso daremos nosotros un rápido extracto de la historia de la raza negra. Ciertamente que no será muy completo pero el saber de la

vieja Europa es más incompleto todavía, creemos.

Admitimos que la civilización es consecuencia del rozamiento de los pueblos, puesto que la suma de las costumbres y concepciones diferentes crea competencia y necesidades nuevas que engendran el esfuerzo, el genio y el progreso. Así el Asia Menor y ciertas regiones mediterráneas que fueron el pasaje obligado de las grandes corrientes de cambio entre Europa y Asia, han sido centros de gran civilización.

Y cuando las sequías del Asia Central empujaron a los tártaros hacia el Occidente, cuando los visigodos, los hunos, los ostrógodos, que se empujaban unos a otros, expulsaron a los germanos a su vez, siguió en Europa la Edad Media.

En Africa, los negros, estaban aislados del mundo. Este continente de clima tórrido, de costas difícilmente accesibles, de flora impenetrable, aislaba a los pueblos del resto del Universo. Los negros en Africa no tuvieron ocasión de desarrollar su técnica como los japoneses, que se encuentran más estrechos en su país; al contrario el Africa hubiera podido alimentar diez veces más habitantes de los que contenía. Por ello los pueblos negros han vivido exclusivamente una vida pastoral, cultivando las ciencias ocultas, la literatura y la música. Esos pueblos estaban bien organizados socialmente y vivían sobre el terreno familiar con una amplia concepción de la democracia, jurisdicción popular como en Abisinia, donde la justicia es inculcada a todos los habitantes a medida que crecen. Si surge un conflicto entre dos individuos, estos nombran tres o cinco árbitros, un viejo preside y los oponentes plantean ellos mismos sus tesis. Los árbitros se pronuncian en seguida sin apelación y el sentimiento de justicia está de tal manera inculcado en ese pueblo donde todo el mundo puede aspirar a llegar a jefe, dado que los juicios son considerados como un acto de alta dignidad de los cuales no se puede hacer comercio. Tan sólo los crímenes destacan en Abisinia el poder del Estado.

En fin, los negros que estudiaban las ciencias psíquicas no se preocupaban mayormente de la creencia en Dios y fué a la llegada de los árabes y de los cristianos que se introdujeron entre ellos esas costumbres degradantes y aniquiladoras para el hombre.

En el Sudán, hubo grandes reinos y en el siglo XVI, la familia de los Askia que unificó el Sudán, hizo obligatoria y gratuita la instrucción pública, donde fueron fundadas en gran número las Maderas (1).

Los negros hubieran vivido felices en Africa, imbuidos de principios de alta moralidad, se habrían desenvuelto en mayor espacio de tiempo sin duda, puesto que bajo esos climas el tiempo cuenta menos, pero se hubieran desarrollado seguramente y

sin soportar los sufrimientos que han soportado generaciones enteras de su raza antes que apareciera una ligera esperanza de salvación.

Cuando Africa se puso realmente en contacto con el resto del mundo, no hubo para ella más que decepciones y dolores. Los anglo-sajones que habían invadido la Gran Bretaña, expulsado los bretones, destruido y expulsado la mayor parte de los irlandeses de Irlanda, que en América han exterminado la raza roja, que han destruido los australianos; esos que, decía Stanley, no pueden vivir más que sobre el abono que procuran los cadáveres de otras razas, se pusieron a la cabeza de los invasores y comenzaron en Africa el odioso comercio de la trata. La trata ha extraído de Africa muchas docenas de millones de individuos, ha provocado en todo el continente un estado de guerra permanente que ha detenido bruscamente la evolución social de todos los pueblos africanos conduciéndolos a su degeneración. Cuatro sobre cinco hombres perecían en las operaciones de captura y transporte. Y con esta afrentosa práctica, el catolicismo ha sido el instrumento anestésico de las razas negras. Enseñó a las generaciones de esclavos a reconocer al amo como representante de Dios. Después de la abolición del transporte de esclavos — pues en las Colonias africanas los europeos han instituido regímenes peores que la esclavitud misma — los europeos se dedicaron en Africa a crucificar los negros en su propio terreno.

El alcohol de la trata, fabricado con productos de la destilación de la hulla, el portazgo y otros trabajos forzados, el reclutamiento militar, las epidemias, como la enfermedad del sueño, consecuencia del agotamiento de esos pueblos, han continuado después de la abolición de la trata agotando las razas africanas.

Así de doce millones de habitantes que tenía el Congo cuando fué ocupado por Francia, no restan más que tres millones.

En el Sudán, donde existían un gran número de Medersa y de escuelas coránicas para instruir el pueblo, Francia las ha hecho cerrar sin sustituirlas por su equivalente.

Por todos lados se verificó una expropiación total de las poblaciones negras. En el Congo se dieron concesiones que llegaban a un millón de hectáreas, como la de los hermanos Trechet y sobre las cuales viven hasta 120.000 hombres y mujeres tratados como bestias por los colonizadores.

En Africa del Sud cinco millones y medio de negros poseen 4.000.000 de arpents de tierra mientras que un millón y medio de blancos tienen 260.000.000, tierras quitadas a los indígenas por la violencia. Más aún, existe una ley que prohíbe a los indígenas venderse las tierras entre ellos, con el fin de que tan sólo los europeos puedan apropiárselas. Todos los tratados que habían sido hechos entre los pueblos imperialistas con los negros han sido pisoteados y no hay ejemplo de que hayan respetado uno sólo.

Todos los medios han sido juzgados buenos para violentar esos pueblos débiles y Europa ha ignorado siempre la verdad sobre esas exacciones. Hace falta mostrar una prueba irrefutable del vicio de esos sistemas de colonización; los pueblos más productivos del Africa y donde el indígena es más próspero son la Abisinia libre y el Congo portugués; en este último país los indígenas han podido conservar

sus tradiciones y seguir dueños de sus destinos, por eso la producción de esta región es ocho veces superior a la de los países vecinos.

Actualmente asistimos a una evolución muy sensible de la raza negra. Habiendo sido abatidas sus formas propias de organización por el colonialismo, en Africa y sido disipados en América los vestigios morales de la esclavitud por el tiempo y la industrialización de ese país, el conjunto de la raza negra se adapta a las nuevas formas de vida que le han sido impuestas y se organiza sobre ese plan para obtener su independencia completa.

En Africa del Sud, a pesar de las condiciones de existencia abominables que se le imponen, los negros han llegado a poner en pie organizaciones cooperativas y sindicales pujantes, agrupando alrededor de 200.000 miembros sobre una población de 5.500.000 de individuos, de los cuales la mayoría asciende recientemente de las capas campesinas no modernizadas. Asustados de la actividad y de la cohesión del movimiento negro, los boers y los ingleses han instituido en ese país las peores leyes de excepción, prohibiendo por completo a los negros el ejercicio de los oficios inteligentes, tal como la conducción de máquinas, y debemos hacer notar que la mayoría de la clase obrera blanca de Sud Africa, muy diferente en esto de los obreros europeos, está también impregnada de negrofobia; ello se explica pues el residuo de las poblaciones europeas se ha dado cita en ese lugar de bandidaje.

En el Africa Francesa la industria no está aun desarrollada y la explotación se concentra sobre las riquezas vegetales, además de que la despoblación de esos países hace precaria toda grande empresa, y no queriendo sufrir la libre ley de la oferta y de la demanda que los perjudicaría, los imperialistas han instituido un sistema de requisición de la mano de obra, de represión y de acantonamiento de la población que no es otra cosa que la esclavitud. Los negros de esos países bien que comprendiendo la necesidad de agruparse, se contentan todavía con reaccionar débilmente por la emigración, la negativa a trabajar, etc. pero no tardarán ciertamente en organizarse sólidamente para llevar a cabo combates más eficaces.

En cuanto a los países de América ya no son razas negras puras las que nos ocupan, sino razas casi completamente mestizadas; de blancos en los Estados Unidos, de blancos y de indios en las Antillas.

Sin embargo esas razas mestizadas se identifican con la raza negra; tienen la misma causa y casi siempre han sido mestizos los jefes liberadores de movimientos sociales, aun cuando los negros o los blancos se encontraban en mayoría.

Mucha razas se han instalado en el continente americano, pero el primer país de América que se proclamó libre y adoptó una constitución liberal es una república negra, Haití, y Haití sin ninguna esperanza de interés proveyó a Bolívar ya batido, dos veces vencido, del medio de libertar los Estados de Venezuela, Bolivia, Colombia, Ecuador. El general Petion le envió seis barcos, cuatro mil fusiles, quinientos mil libras de plomo, una prensa de imprimir, viveres en abundancia, dinero y doscientos oficiales negros que jugaron un rol decisivo en las guerras liberadoras de esos países. Todo eso fué embarcado en el puerto haitiano de Cayes. Haití fué el centro

libertador de América central y el hogar de la democracia en las Antillas. En Cuba, donde los hombres de color se estima que representan solamente 30 o/o de la población, fué un mulato, el general Antonio Maseo, el que libertó el país de los españoles.

Partiendo de la nada, hace un siglo, los negros de las Antillas han sabido crearse en el medio de todas las poblaciones y contra la xenofobia de los blancos, a menudo, situaciones iguales a las de las otras poblaciones. En los Estados Unidos, donde los negros no representan más que una décima sexta parte de la población total, son objeto de persecuciones y vejaciones de toda suerte de parte de la población, de la cual una mayoría descende de filibusteros y de malhechores sin escrúpulos y no puede desgraciadamente contener sus instintos salvajes de manifestarse de tiempo en tiempo.

Los negros de los Estados Unidos han sido liberados cuando todas las riquezas del país estaban ya acaparadas por los blancos, o todo el poder estaba en manos de los blancos, y la misma clase obrera los perseguía, o son constantemente azotados por la miseria y las asociaciones de malhechores género Ku Klux Klan. Sin embargo en menos de un siglo los negros de Estados Unidos han podido constituir una élite que no le cede en nada a la élite blanca; hoy poseen bancos, diarios que tiran un millón de ejemplares, Universidades; en Filadelfia ocupan los dos tercios de las profesiones liberales, y se vé a menudo a las grandes firmas blancas de Estados Unidos recurrir a los servicios de abogados o ingenieros negros. Han sabido en las regiones agrícolas, llegar a ser grandes propietarios. Han realizado sin poder, sin riquezas y en el seno de persecuciones continuas lo que ningún otro pueblo del mundo hubiera podido realizar en tan poco tiempo.

Una gran parte de esa obra es debida a la dedicación de uno de los suyos, Th. Booker Washington, que sacrificó su existencia entera para instruir su raza sin la esperanza de ningún beneficio personal. Nacido en la esclavitud, libertado a los seis años, después doméstico de escuela, ha terminado como jefe de Universidad, extremadamente instruido y habiendo contribuido personalmente a la instrucción y a la educación de decenas de millares de los suyos; he ahí una obra que ningún otro hombre en

la historia puede reivindicar. No fué un conductor de hombres, un conquistador, fué un positivista, un educacionista que tomó un pueblo esclavo, lo educó, lo instruyó, haciéndole capaz de defenderse en todos los terrenos, constituyendo la fracción más interesante de la nación americana.

En América del Sud, los negros fueron transportados en gran número al Brasil. La raza de ese país es así fuertemente mestizada, pero el prejuicio de raza no tiene derecho de personería. Los negros constituyen el sustratum de la población que es pacífica y humanitaria. Esta cooperación de razas ha dado los mejores resultados sociales. Y es un honor para ese país haber podido resolver sobre el plano económico un problema de una grande importancia y que ninguna raza de presa hubiera podido resolver sin catástrofe.

El Brasil produce, en efecto, él solo, los dos tercios de la producción total de café.

Una extensión de los cultivos, la ausencia de un control equitativo de las exportaciones y de un sistema de almacenamiento y de créditos gracias al concurso del estado y tal que no pueden realizar los admiradores de los truts imperialistas, habría sido para ese país una serie de catástrofes económicas que lo hubiera reducido a la miseria y esclavizado al extranjero. El Brasil al contrario, ha sabido aprovechar su verdadera riqueza natural y ese país es uno de los mejores organizados y de los más tranquilos del globo. Mientras que Cuba, donde se soporta la ingerencia americana, una producción azúcar que no excede de un tercio de la producción mundial es un motivo de especulación desenfrenada y una causa de cruel miseria para el pueblo.

¿Cuál será la actitud de las razas blancas en presencia del movimiento emancipador de los negros? Michelet en su historia del siglo XIX, tomo III, decía: "Los amarillos (chinos, japoneses) ingeniosos tanto como trabajadores, los negros más superiores en cualidades morales, serán de todas partes llamados por los mismos europeos, y esas razas, tanto tiempo apartadas, despreciadas, serán las únicas, en el agotamiento de la raza blanca, la salud del globo". (De "Europe").

(1) Escuelas superiores.

LUIS FABBRI

"El Tratado de Letran"

EL CONCORDATO PAPAL-FACISTA CONTRA LA LIBERTAD

64 PAGINAS EN 80,
PRECIO 0.20 Cts.

El examen más sereno y detallado de los peligros que entraña para el progreso humano, individual y social, el acuerdo papal-facista

EDITORIAL "LA PROTESTA"



Buenos Aires

J. COLOMA

Aporte al estudio de los problemas del anarquismo militante

I I

Afirmamos en el artículo anterior, que la eficacia o no eficacia del cooperativismo depende de la forma de organización que se den los núcleos, colonias o comunidades cooperativas. Y, en efecto, la estructura orgánica de todo cuerpo determina naturalmente la función del mismo, sin dejar de reconocer tampoco, que los elementos constitutivos desempeñan, así mismo, un papel importantísimo.

Si estableciéramos una simple superposición de elementos — hombres o individuos en este caso — subordinándolos gerárquicamente, descontaríamos de antemano su fracaso; pero si, por el contrario, dejamos la asociación de elementos a la libre elección y sobre todo, a la atracción operada naturalmente por la afinidad espiritual de los individuos, no cabe la menor duda que muy pronto florecerían por todas partes gran cantidad de pequeñas comunidades cooperadoras. Todos los ensayos que se hagan de afuera adentro están, lógicamente, destinados al fracaso, por más sabia que fuere la dirección a que obedezcan; pero si, por el contrario, la formación de los núcleos se opera por la constatación de las necesidades mutuas y de las conveniencias recíprocas, y su desarrollo se efectúa tendiendo siempre a cumplir estos cuatro principios fundamentales: *el progreso material del núcleo, la solidaridad interna, la igualdad absoluta, la tolerancia y respeto mutuo*, como objetivo inmediato y como fin mediato, *la solidaridad externa, la relación y asociación con los núcleos similares o afines y la propagación de estas formas de convivencia*, entonces no tenemos ya ninguna duda de su éxito material y moral.

Todos los cuerpos orgánicos obedecen a leyes internas de conservación y desarrollo, que deben cumplir estrictamente para llenar sus fines: la investigación y conocimiento de estas leyes debe ser la mayor preocupación de todos aquellos que intenten la creación de núcleos cooperadores. Podemos sentar como principio general inmutable el siguiente: consideramos al individuo como miembro dentro del grupo y a éste, como miembro dentro de la asociación de grupos.

Ahora bien, cada miembro debe cumplir, indefectiblemente, una función necesaria dentro del grupo, so pena de perecer individualmente y de entorpecer la vida colectiva; y para que esta función necesaria no resulte onerosa a ningún miembro, es menester que haya sido libre, voluntaria y previamente aceptada por cada uno, bajo el compromiso expreso de cumplirla estrictamente.

Las cooperativas pueden formarse de dos como de mil o más personas, siempre sería más ventajoso que no fueran muy numerosas; porque las grandes

corporaciones crearían, necesariamente, ciertas funciones burocráticas que podrían significar posiciones privilegiadas, y esto acarrearía un gravísimo mal, sobre todo al iniciarse, cuando los individuos están aún llenos de prejuicios; además, en las corporaciones demasiado numerosas no podría tenerse en cuenta este principio indispensable al buen funcionamiento de los núcleos: *la selección por afinidad*; aunque este principio necesario no debe llevarse a extremos tales que signifique una manía.

Cuando dos o más personas se conocen íntimamente pueden comprender con mayor confianza y llevar a cabo con mejor felicidad una empresa de esta naturaleza; en cambio, cuando no se conocen, se espera de las personas mucho más de lo que pueden dar, y la constatación del equívoco trae como consecuencia la decepción, el pesimismo y el distanciamiento; aunque si en tales casos hubiera una buena dosis de comprensión no significaría un grave peligro.

Una condición indispensable al buen resultado de una iniciativa de esta índole y que debe tenerse muy en cuenta es que, al empezar requiere, como toda empresa que se inicia, una gran dedicación y que, con seguridad, exigirá mucho mayor trabajo que el que ordinariamente estamos acostumbrados a realizar. Pero este pequeño sacrificio será compensado inmediatamente por las ventajas morales que obtendremos trabajando sin la tutela del amo y luego, por el bienestar material que se obtendrá más tarde, una vez afianzado el funcionamiento de la empresa.

A fin de ser más claramente comprendido voy a ofrecer algunos ejemplos de las diversas formas cómo podrían organizarse algunas cooperativas.

Dos, tres, cinco o más familias se ponen de acuerdo y alquilan una casa o departamentos próximos unos a otros — alguien podría escandalizarse de esta posible promiscuidad; pero tened en cuenta que existen lujosos establecimientos destinados a hoteles y que nadie se espanta de tal circunstancia —. Con este solo hecho ya se pueden obtener algunas ventajas: una familia obrera se ve obligada a pagar elevadísimos alquileres por una malísima habitación, sin evitar la promiscuidad y la obligada convivencia con personas que le son absolutamente desahogadas; mientras que, alquilando entre familias amigas una casa, se puede elegir una cuyas habitaciones reúnan buenas condiciones higiénicas y obtener el costo por habitación más barato. Con esto ya se habrían obtenido tres ventajas: economía, salubridad y confort.

Y si luego, en vez de cocinar separadamente cada familia lo realizan en común, dividiéndose las tareas domésticas entre aquellas personas de cada familia que tienen por costumbre realizarlo en su ca-

sa, a fin de que el trabajo no resulte pesado a ninguno, tendríamos como recompensa enormes beneficios: reduciríamos a un 30 por ciento el trabajo y a un 50 el costo de la manutención.

En efecto, pensad que sean diez las familias que se han asociado; antes de hacerlo tendríamos simultáneamente diez cocinas prendidas, diez comidas preparándose y diez amas de familia dedicadas a la misma función de cocinar; pero después de asociadas prenderían una sola cocina y podrían formar turnos de tres para no hacer pesado el trabajo; y tendríamos ya que cada turno y por lo tanto las personas que lo forman, trabajarían solamente dos días en la semana, con lo que se ha reducido el trabajo en un 70 por ciento. El gasto de carbón puede reducirse en igual proporción si se utiliza una cocina adecuada; y en cuanto a los elementos que entran en la composición del alimento se podrían reducir en un 15 ó 20 por ciento con solamente asociar o reunir en una sola las diversas comidas que cada familia está obligada a cocinar (hecho que confirma esta conocidísima y verídica expresión: "donde coman dos personas, pueden comer tres"). Y si agregamos que tratándose de preparar alimentos para diez familias pueden comprarse los artículos por mayor, con lo cual obtendríamos desde un 10 hasta un 50 y más por ciento, según los artículos, tenemos una reducción en los gastos de alimentación de un 30 por ciento, por lo menos.

Hemos llegado pues, a esta hermosa conclusión: que diez familias asociadas solamente para los gastos de consumo, y a las cuales podríamos asignarles una entrada mínima por concepto de jornales, de unos mil quinientos pesos mensuales, podrían reducir sus gastos de alimentación, casa y vestido a mil pesos; es decir, obtendríamos una bonita economía de quinientos pesos mensuales. Y si ahora queremos que nuestra economía resulte realmente fructífera podemos aplicarla a la adquisición de la casa habitación; con lo que a la vuelta de muy poco tiempo nos ahorraríamos también los alquileres y podríamos construir los edificios en tal forma que consultarán realmente las mil necesidades de que habemos menester para nuestra comodidad y al mismo tiempo, que cumplan y satisfagan las necesidades estéticas que nuestros gustos o nuestro espíritu exigen.

Construidas las habitaciones obtendríamos una nueva economía en los alquileres que podríamos invertir en el embellecimiento de nuestra morada, en la educación artística, en el aprendizaje técnico de los diversos oficios y, en fin y en general, en la elevación moral de los cooperadores. Y, nuestros hijos que a temprana edad deben abandonar el colegio, para ingresar en los talleres o en la servidumbre, desalojando a sus propios padres, podrían tener un maestro propio y realizar su aprendizaje sin ser objeto de la especulación de los patrones y sin la sumisión a que están obligados hoy por la miseria en que se vive en los hogares proletarios; podrían, así mismo, disponer en su propio hogar de cantidad de juegos de que hoy están privados y que les obligan a ganar la calle para procurárselos.

Ahora conviene tener presente, a pesar de las evidentes ventajas de la cooperación, que pueden surgir innumerables dificultades en la relación de las familias; pero que pueden zanjarse, muy fácilmente, sin embargo, con la buena voluntad y el espíritu de tolerancia de que ha menester toda obra de esta índole.

Podríamos agregar, a las ya apuntadas, algunas otras ventajas, como por ejemplo, el lavado, planchado y confección de la ropa, que puede efectuarse en forma que economice tiempo, dinero y trabajo, haciéndolo colectivamente. También la preparación del pan podría ahorrarnos dinero, asegurándonos, al mismo tiempo, un producto higiénico y sano.

Las dificultades son inevitables y no pequeñas; pero las ventajas son evidentemente muy superiores, y solamente los estúpidos rehusarían éstas por no afrontar las primeras. Por lo demás, las más serias dificultades no serían otra cosa que pequeñas concesiones mutuas que habrían de hacerse entre compañeros, y que irían paulatinamente desapareciendo con la costumbre de vivir en comunidad. Si en la solución de estas dificultades se hace abstracción del espíritu brutal de imposición y de autoridad y se recurre, en cambio, al espíritu de concordia, y se tratan estas dificultades con la llaneza con que se trataría de eliminar o salvar un obstáculo material cualquiera, estoy seguro que después de salvada se saldrán de ella con el espíritu predispuesto para las más nobles acciones, y la simpatía y la amistad se irían fortificando cada vez más hasta constituir vínculos indestructibles.

Con toda seguridad que esta proposición será tachada de reformista; pero, pregunto yo, si es más revolucionario el que las hijas de los trabajadores, inclusive las de los anarquistas, estén predestinadas a la servidumbre y al prostíbulo o que, por el contrario, nos preocupemos de su elevación mental y moral, que no obtendremos nunca en tanto vivamos en las condiciones de estrechez actuales. Además, que no hay tal reformismo, puesto que no se trata de agregar o modificar el actual sistema capitalista sino de crear formas nuevas de convivencia. Y, tened en cuenta esta verdad casi axiomática: *El sistema capitalista se sostiene, no como una imposición de arriba a abajo, sino porque en cada hombre, burgués o proletario, anida y vive el mismo afán de dominación y la misma ambición de acapararlo todo en provecho propio, a expensas de la miseria ajena*. Mientras no trasformemos la psicología del hombre será imposible transformar la sociedad; y, la psicología de los pueblos no se transforma con palabras sino con hechos. Hay que enseñar prácticamente al pueblo a vivir una vida mejor que la actual para que pueda aspirar a una vida superior; porque, debemos tener muy en cuenta que *las necesidades del hombre se multiplican y acrecientan a medida que se satisfacen, ampliando la personalidad y determinando así la variación del medio ambiente y con ello, su evolución mental*.

Yo no creo que sinceramente haya ningún anarquista que pueda estar en contra de estas proposiciones, a menos que tenga el criterio de las "damas de beneficencia" que necesitan de la existencia del hambriento para mostrar sus virtudes caritativas, y que, del mismo modo, los presuntos revolucionarios hayan menester de los miserables para hacer la noble profesión de apóstoles.

En el artículo siguiente me ocuparé de nuevas formas de cooperación y de sus nuevas y mayores ventajas.

Debo hacer notar que he descendido a una cantidad de detalles que pudieran parecer simplezas a ciertos espíritus presuntuosos; pero que lo hago para que mi pensamiento sea absolutamente comprensible.

FAUSTO FALASQUI

TOLSTOY, EDUCADOR

Hablar de Tolstoy en estos días de salvaje violencia equivale a realizar el mejor intento para confundir y disolver las pasiones generadoras del odio que anida en los corazones, porque hablar de Tolstoy es hablar del amor al género humano, del amor más puro, quizás del único amor verdadero.

Como un sedante que reconforta a los espíritus anhelosos de paz, el recuerdo de la seráfica figura del humilde y augusto pensador de Yasnaia Poliana presidirá siempre en espíritu la unidad moral de los hombres de excepción, es decir, de los que han superado, aunque sólo sea doctrinariamente, el ambiente de violencia universal que, desde tiempos inmemoriales, ahoga el libre progreso de los hombres y empuja a su moral y sus destinos. ¿Quién no sabe alguna noticia biográfica de aquel humanista que sabía unir y armonizar su intransigente iconoclasticismo intelectual con la mansedumbre cristiana y la bondad y serenidad búdicas, de aquel pulcro sacerdote del arte de amar? Nacido en cuna de oro, hubo de apurar hasta las heces el cáliz en que la rancia nobleza moscóvita libaba el néctar engañoso que, corrompiendo la ya débil textura de sus fuerzas morales, había de llevarla al derrumbe total. No le fueron extraños ninguno de los honores que ese régimen prodigaba a sus elegidos. Desde su primera juventud fué saludado por la crítica con el respeto que se debe a los grandes genios. Su mentalidad inquieta, extraña y vacilante osciló sobre todas las corrientes del pensamiento ruso de su tiempo; investigador intuitivo, inconformable y honrado hasta el escrúpulo, sentía la necesidad imperiosa de expresar en sus actos y en sus dudas, que constantemente lo aguijoneaban en su hurgar incesante por los senderos de la verdad y de la justicia, que presuponía indispensables para lograr remontarse hacia la meta donde moran la paz y el amor.

Si bien puede objetarse que en su mocedad permaneció refractario en cierto modo al influjo del intenso y fervoroso humanismo que florecía a su alrededor y henchía de ideales altruistas los corazones de toda la juventud eslava, llegando hasta las más altas familias de la aristocracia; donde a la sazón ya cundía aquella famosa fórmula de "ir al pueblo", ahí le tenemos en cambio, transformado en su madurez, luego de múltiples y variados tanteos, y creando "Resurrección", supremo y fecundo hijo de esa profunda crisis espiritual que eclosionó e hizo mudar en fervor humano el indiferentismo de otra, y ahí le tenemos en su venerable ancianidad despojándose voluntariamente de los odiosos privilegios que desde hacía años constituían su oprobiosa pesadilla, y huyendo, enfermo, hacia la miseria, hacia lo azaroso, dejando el muelle reposo y el tibio calor del hogar confortable y el cuidado y la

veneración de la familia amantísima, en honroso y significativo rasgo de renunciación a los privilegios que se suman del despojo hecho a los míseros. Lo que Zola hizo decir y hacer a un personaje novelesco, el gran viejo lo hacía realmente en el momento más crítico de su existencia, en la senectud, en plena reacción del egoísmo conservador que atesora, avaro, las últimas energías de la vida.

¡Pobre viejo! Con un atado sobre las espaldas, camino de la humildad, quería indicar a los poderosos del mundo el recorrido a seguir si se quiere obtener la paz y el amor con el medio más armónico a los fines; quizás ni pensara que su acto de estoico postrer, iba a ser juzgado como niñería senil por aquellos mismos que entendió ejemplarizar.

¡Sangrienta ironía! El mundo se ríe y caricaturiza acerca de aquello que, en su impotencia moral, se siente incapaz de realizar.

Como el otro Tolstoy latino — no tan sereno amador, no tan profundo y sagaz visionario ni tan iconoclasta e individual pensador como el profeta del norte pero más libre, rebelde, chispeante y gracioso —, nuestro Tolstoy no pudo menos que seguir la trayectoria obligada de los artistas que cultivan el arte con sinceridad y vocación; como Anatole France y tanto otros que se propusieron ser "artistas puros", es decir, vivir solamente para el arte, o por el arte, Tolstoy no pudo evitar el deslizarse por el plano inclinado de la cuestión social y una vez en ella tomar partido y batallar.

Es que no puede ser de otro modo. El artista es el hombre íntegro, la unidad humana; de ahí que nada de lo que sea humano puede serle indiferente. Si decimos que todos los grandes profetas fueron verdaderos artistas, no seremos los primeros en hacerlo; debe ser una verdad tan vieja como el mundo. Artista y profeta son sinónimos. Ya dijimos en otra ocasión que la cerebración espiritual del profeta es un producto logrado por el reflejo de sondas sumergidas en el mar sin fondo del espíritu colectivo, del cual es instrumento sonoro y concreto. ¿No puede decirse otro tanto del artista? Sí. El artista es un crisol que reúne los hechos, las pasiones, las emociones, los ideales, el todo disperso, en fin, y lo purifica, le da la grandeza de conjunto y el "tic" individual y lo devuelve de nuevo a su pueblo. Es efecto y causa. Educado y educador. Homero tomó la virilidad de su pueblo. Dante el ingenio, Cervantes el grajeo, los purificaron y de nuevo los arrojaron a manos llenas sobre el pueblo.

Puede un pueblo decadente crear a un gran pensador que ejercitando y vigorizando su talento en la investigación de las causas de la decadencia, re-

monte a gran altura intelectual y moral, pero nunca ese mismo pueblo podrá crear a un gran artista, porque éste se forja en el caos ascendente del cual toma los elementos de su arte: las bellezas; necesita ser educado para educar. Tolstoy fué educado en las bellezas caóticas de ese pueblo semibárbaro que era entonces el eslavo, y, sin quererlo, de a trechos, se sentía llevado irremisiblemente a educar, hasta que la férrea zarista esprimiendo a su pueblo lo llevó a la decadencia, cuyo ambiente refundió a Tolstoy y lo completó: primero artista, después pensador y por último religioso, fundador de una religión universal: el amor.

En efecto en la personalidad de Tolstoy se reveló un extraño caso de desdoblamiento, de dualismo, que puede percibirse netamente a través de la evolución que se realiza en su extensa obra literaria. Sólo se "encontró a sí mismo", sólo se produjo el fenómeno de su unidad personal en el otoño de su vida. Muchos críticos han señalado el caso. Kropotkin no lo pierde nunca de vista en su magnífico ensayo sobre el mundo interior y literario de Tolstoy. En su juventud vislumbró algunos destellos del ideal que luego en su vejez habría de absorberle todos sus actos y pensamientos: la dilucidación de una especie de religión universal, sin supersticiones ni dogmas, que, inspirándose en la simplicidad del cristianismo primitivo, tornara posible la unificación espiritual de todos los hombres sin distinción de religiones ni credos, y, que, a más de ser su vehículo de relaciones, los educara en la idea de la igualdad sin autoridad ni violencia ni anhelos de lucro entre ellos. Pero, poseído de un sentimiento de desconfianza hacia los hombres en general y en particular por los que bregaban por la liberación de los oprimidos, se sumergió, no sin remordimientos, vacilaciones ni dudas, en el goce mundano de los placeres del vivir epicúreo, preocupándose poco de que tales goces no alcanzaran a todos, ya que debió creer que el sistema de desigualdad reinante no tendría remedio.

Sin embargo, mientras esto pensaba y practicaba en su vida privada y literaria, su ingenio intuitivo y descriptivo, su vigorosa conformación artística, su sensibilidad estética, le traicionaban y creaban la otra personalidad de Tolstoy: la personalidad artística.

La personalidad artística de Tolstoy, bello exponente del determinismo humano que proyecta el arte, venía a ser algo así como un precioso espejismo que de vez en vez reflejaba un anticipo, un cuadro al detalle del hermoso panorama que presentó el despertar del amor tolstoyano hacia todo lo que existe. Mientras su razón se esforzaba en probar en sus obras la tesis intelectual, su sensibilidad espiritual reflejaba otro cariz de sus obras, despertando en quién las lea sentimientos humanos en contradicción con el indiferentismo, ora nihilista ora semi-religioso, hacia el padecer de los personajes que dió vida.

Tolstoy fué un anarquista cristiano. Enemigo del Estado y de toda forma de violencia y de autoridad, entendía que el hombre es un ser de muy débil voluntad lanzado al acago en el casi fatal maremagnum de acontecimientos y sugerencias de todo géne-

ro, al que era necesario educar en una sobria y pura disciplina interior cohesionada por el amor — no por el terror — en dios, quizá entendido como universo, si se quería evitar que el fatalismo de la masa ambiente no lo arrastre al caos y al mal y que la maldad penetrara todas sus obras y pensamientos y que, en consecuencia de esto, hubiere necesidad de crear instituciones autoritarias las que, al emplear la violencia como instrumento regulativo y punitivo, perpetuarían el mal. Tal es la filosofía de la historia que se desarrolla en "La Guerra y la Paz" y tal es la moral que sintetizan sus escritos de la vejez.

El misticismo de Tolstoy es la parte más abstracta, oscura y contradictoria de sus ideas. Aunque trató de investigar la existencia de Jesús y le profesó verdadera adoración, puede suponerse que encarnaba en este problemático personaje el mito unívoco, sintético y concreto, hacia el cual convergían idealmente los postulados de sus concepciones pan-teístas.

La religión en Tolstoy deja de ser ese farrago de dogmas, de supersticiones, de prejuicios y de ídolos a que estamos acostumbrados a ver acumulados bajo tal nombre, para fundirse en la moral social que auna en su seno cuanto de bueno hay en el mundo para procurar la felicidad común, sin exigir ni renunciamentos ni sacrificios a la completa libertad de nadie y atrayéndolo por la sola fuerza del amor a fin de que dé para esta armonía universal y común el aporte, el solo aporte, de su amor. El "cielo" en la tierra, eso quería ser la religión del padre de los mujiks.

La religión tolstoyana es el nexo que reúne y cohesiona todas las manifestaciones de las actividades humanas. En Tolstoy no hay ética, ni estética, ni sociología, ni ciencia, ni filosofía, así, por separado, en Tolstoy hay religión, amalgama teosófica que las refunde y las une en la moral social, práctica y doctrinaria.

Ahí tenemos, por ejemplo, como al tratar sobre estética en la mejor, más madura y reflexionada de sus obras, "Qué es el arte", después de hacer valientemente una lógica y profunda crítica sobre todos los credos estéticos más importantes y de las obras de arte que los reflejan y practican, establece que el arte verdadero, que no quiera ser una falsificación del arte, debe ser religioso. Y lo hace en esta obra, justamente donde Tolstoy el dual, el Tolstoy intelectual y el Tolstoy artista, se reúne en uno, en el Tolstoy religioso y se encuentra a sí mismo. "El arte — dice — es, como la palabra, uno de los instrumentos de unión entre los hombres, y, por consiguiente, del progreso, es decir, de la marcha progresiva de la humanidad hacia la dicha... El destino del arte — concluye — es transportar del dominio de la razón al del sentimiento esta verdad: que la dicha de los hombres consiste en su unión". He aquí que se levanta contra la corriente civilizadora de la época que hace del arte una flor de invernáculo para privilegiados y un negocio, vil negocio, y, usando su método, reintegra la estética en el dominio común para que sea útil a todos; la refunde en su religión, en la moral social, inspirándose, sin duda, en las artes primitivas que también

fueron religiosas — también la religión concebida por muchas civilizaciones muertas tenía el carácter que él quiso darle.

* * *

No hay duda que este maestro del amor se sentía cohibido, amedrentado ante la ferocidad inconsciente del hombre moderno, siempre en abierta lucha por hacerse camino hacia la independencia económica o por coartar la libertad y hasta el derecho de vida unos y por defenderse de estos, otros. Ante la irresponsabilidad que manifiesta el hombre lobo del hombre, no hay que extrañarse de la actitud que Tolstoy asumió frente a la ciencia moderna. Es que debía buscar y hallar la causa de tanta maldad en la crisis de valores y de fuerzas morales determinada sin interrupción por el progreso incesante y revolucionador de la ciencia, que complica y artificia la vida y derrumba uno por uno todos los "bellos" errores sobre los que se afirmaban las metafísicas religiosas con su cortejo de leyendas, supersticiones y prejuicios que, subyugando a las gentes con la moral del terror, ponían un freno aunque más no fuera contra el vicio y contra el crimen individual, si bien, por otra parte, mantenían en la ignorancia a todos y protegía a los esclavistas contra la sublevación de los esclavos. Tolstoy debió reflexionar con tristeza profunda acerca de la dirección que toma el progreso creando necesidades imposibles de satisfacer, creando perfeccionamiento técnico sin crear cultura que infunda el respeto a la vida de los demás, creando derechos y no inculcando deberes, en fin, creando inteligencia y no elaborando educación, lo que llevó a los hombres a un desequilibrio entre su poder y su moral, causa que los lleva hacia la maldad; debió reflexionar acerca de esa situación en que se halla el hombre cuando ve derribar las razones que daban consistencia a sus prejuicios y temores, cuando, educado en la idea del castigo y del premio en la tierra y en el cielo, descubre de pronto que premio y castigo sólo pueden ejecutarse por el hombre y que, por lo tanto, sólo hay que cuidarse del hombre y por colorarlo que no hay conducta moral emanada de lo divino; debió reflexionar mucho Tolstoy sobre el estado psicológico del hombre en ese período de renovación, cuando una moral pierde su valor y otra moral no la reemplaza; para nosotros está claro que estas son las causas que llevaron a Tolstoy al desprecio de ese elemento de cultura incompleto. Y sintiendo verdadero terror por el hombre "sin ideas", Tolstoy debe haber sentido fallar, hundirse, desde su base, una plataforma, un método cultural y moral, apoyados sobre los conocimientos científicos de la época y viró de espaldas al presente, buscando en el pasado el ideal que podría, según él, redimir, salvar al hombre de sus errores y de sus crímenes y reintegrarlo de nuevo a la vida natural y al amor.

* * *

Por ahí se ha dicho — y han dicho bien — que a los grandes pensadores hay que interpretarlos en sentido relativo.

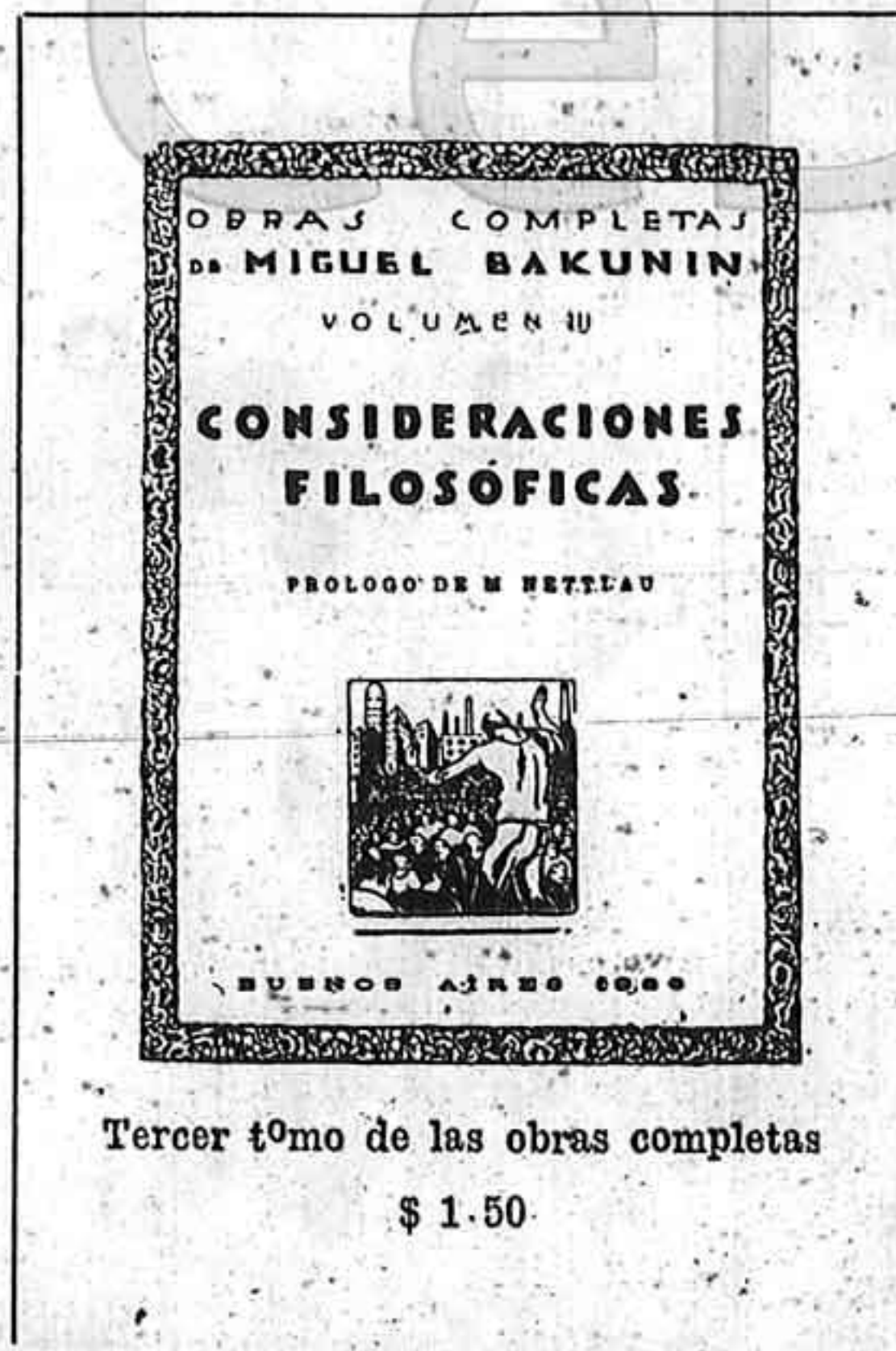
Son como atletas que toman impulso para saltar un obstáculo y, llevados por su tremenda fuerza, van más allá de lo necesario.

Paro si van más allá de lo que deberían ir es porque le sobra fuerza y el exceso de fuerza, ya lo dijo Guyau, es la moral. En Tolstoy la moral es la reli-

gión, ya lo hemos visto, es el conjunto de conocimientos que educan al hombre en el amor que los une para vivir la verdadera vida. Tolstoy es pues un pensador. Su educación enseña el amor; que los hombres deben amarse, porque a más de ser un deber, un bello deber, es el camino, quizás el único, que es útil para poder todos llegar a la paz.

Tal era la doctrina que enseñaba en Yasnaia Poliana. No importa gran cosa que esta doctrina de paz no pueda adaptarse íntegramente a todos los hombres: por la variabilidad de temperamentos; porque el progreso ha creado necesidades materiales, intelectuales y espirituales a las que es imposible renunciar; porque los conocimientos del día forjan psicologías tanto complejas para sentirse satisfechas dentro de esa simplicidad; porque el hombre debe mirar hacia adelante y no hacia atrás; porque si las ideas de renunciamiento son admirables como moral personal en un mundo en que todos se atropellan por vivir, no lo son, en cambio, trasladadas al orden colectivo ni mucho menos como ideal del futuro; pero, con todo, bástenos saber que Tolstoy fué un educador de contraste, de contraste con la violencia que reina soberana en todos y en todo, y que el mundo le ha oído y respetado y que, por lo tanto, ha realizado su obra y en el sentido que el tiempo no la podrá destruir sino desarrollarla en lo que tiene de útil y de bello.

Tolstoy "ha entrado en la historia" y la historia dirá si la educación tolstoyana se proyectará en el tiempo...



DAVID DIAZ

LETRAS DE ESPAÑA

LA IMPRENTA

Su pasado, su presente y su porvenir

Los progresos humanos son a veces de índole tal que no solamente no puede juzgarse *a priori* su importancia, sino que, hasta muchos años después de realizados, no se comprende su verdadero alcance y la utilidad práctica que de ellos ha de alcanzar la humanidad.

Así sucedió con la Imprenta. Desde los primeros momentos estaba en la conciencia del inventor, y en la de sus contemporáneos, que el nuevo invento venía a marcar notabilísima etapa en el camino del pensamiento. Pero nadie podía calcular el pasmoso desarrollo que adquiriría el nuevo procedimiento, ni mucho menos presentir los perfeccionamientos y las maravillas que sucederían a los primeros ensayos. ¿Cómo era posible en aquellos siglos, en los cuales la mecánica se encontraba en su infancia; cómo era posible vislumbrar siquiera el pasmoso trabajo que iban a desarrollar la potente "Maringoni" o la colosal "Rotativa", que difunden las ideas en centenares de miles de periódicos obtenidos en una hora?

Es preciso que en toda sociedad se dé gran importancia a la vida del pensamiento, que es base y sostén de cuantos progresos hayan de realizarse en todos los demás órdenes. Pero la vida del pensamiento no puede existir sin la Imprenta, medio de difusión de las ideas, factor poderoso para la combinación, conocimiento y popularización del pensamiento humano. Hemos de recordar lo que sucedía en los tiempos anteriores al maravilloso descubrimiento de Gutenberg. La pluma de los copistas apenas alcanzaba a satisfacer las exigencias de los pocos poderosos de la tierra que entonces se preocupaban por conocer los vuelos del pensamiento. Pero cuando apareció el invencible gigante que se llama prensa; cuando fué posible hacer en algunas horas, lo que antes sólo podía hacerse a fuerza de tiempo y de cuantiosas sumas, el pensamiento humano adquirió nueva vida y los hombres todos, encontraron un medio fácil para satisfacer la más noble aspiración de su conciencia y todos llegaron a la firme convicción de que era la Imprenta el medio más poderoso para ensanchar la esfera del pensamiento humano.

El clero de aquellos tiempos aceptó desde luego con entusiasmo el maravilloso descubrimiento. En aquellas edades de la historia pertenecía a la teocracia el monopolio de la ciencia europea, y le pertenecía para desgracia y perturbación de los vuelos de la inteligencia. Los fraillones de todos los colores se dedicaban antes de la invención de la Imprenta a copistas de libros, y por tanto, según ellos dicen, a propagadores de la ciencia.

Esto no es verdad y sí una solemne mentira. ¿Qué ciencia era la que propagaban esas ignorantes ma-

sas de autómatas copistas, o de taimados mutiladores de los restos del clásico saber? Su tarea estaba reducida a copiar traducciones de los textos primitivos de la Biblia, a reproducir las obras de sus Santos Padres, o a vulgarizar entre los doctos tal o cual libro de los poetas o filósofos helénicos o romanos. Pero, ¿cómo desempeñaban esta misión? Siempre bajo la vigilancia y dirección de la Iglesia, que desempeñaba el papel de Fiscal Supremo en la revisión y aprobación de cuanto salía de manos de los capitalistas. Así es que la propagación de los libros, reducidos a copias manuscritas, contenía pura y exclusivamente lo que convenía a los intereses de Roma, siendo inexorablemente descartado y proscrito, lo que no estaba conforme con los intereses de la secta romana.

Conocidas son de todos los que han estudiado algo de la historia de las evoluciones del pensamiento, las mutilaciones, variantes, lecturas apócrifas y alteraciones introducidas en los textos primitivos de casi todas las obras que pasaron por manos de los frailes, sin que de este innoble procedimiento se vieran libres ni aún los textos de los llamados libros sagrados. A tal punto llegó el abuso, que pontífices como Clemente VIII, y Pío V se vieron obligados a revisar y expurgar las traducciones de la Biblia, y que lingüistas como Walton y Arias Montano creyeron indispensable una edición de la Biblia con un texto políglota, en el cual pudieron, a simple vista, comparar y rectificar los errores debidos a la ignorancia, o la mala fe de los copistas. A esto queda reducida, la decantada campaña de la teocracia en favor de la difusión del pensamiento y de las luces científicas en los tiempos anteriores al descubrimiento de la Imprenta. Cuando más, podemos concederle que se preocupó en que fuesen conocidos los libros que contenían sus doctrinas y aún éstos sin respetar la integridad de los textos primitivos, que fueron, desde luego acomodados a las exigencias y a las necesidades de la secta.

D'Alembert, que hizo estudios lingüísticos comparados sobre libros antiguos, dejó consignado que "la mayor parte de aquellos libros, al pasar por las manos de los frailes copistas quedaban en tal estado que los desconocería su propio autor". Sin embargo, por más que la Imprenta venía a hacer imposibles muchas supercherías de la teocracia, ésta aceptó en un principio la Imprenta, porque creyó que podría tenerla a su disposición, y contar con aquel nuevo y poderoso elemento de propaganda.

Como decíamos antes, la teocracia no pudo desde el principio calcular toda la importancia, todo el supremo alcance que obtendría pronto la, al parecer, modesta obra de Gutenberg.

Pero muy pronto pudo convencerse de que el nuevo descubrimiento constituiría el más poderoso factor del Renacimiento artístico, científico y social que venía a emancipar las conciencias y a sacarlas de la dura servidumbre en que yacían durante siglos.

Los que deseaban saber, investigar e inquirir, ya no necesitaban dirigirse a los conventos para comprar a subido precio mercancías adulteradas por espíritu de secta. Por todas partes se levantaron las *librorum interpretes* (o *excursores*, como se llamaban en el latín bárbaro de aquellos tiempos; es decir los intérpretes e impresores de libros, los que hoy se llaman editores, los cuales por vía de negocio lucrativo, empezaron a tomar a sueldo a literatos y hombres de ciencia, de estado sacular; éstos repasaban, revisaban y corregían las primeras pruebas de los libros que después eran librados al comercio y a la ambición de los estudiosos.

Entonces empezó a comprender la teocracia el grave daño que le traería la facilidad en la difusión de los libros. Había terminado su monopolio. Hasta entonces sólo se había podido ver y conocer lo que a ella convenía; en adelante se abrían nuevos horizontes, derroteros más amplios para investigar libremente y conocer la verdad en todos los órdenes de la inteligencia y del saber.

Pero en esta cuestión, como en todas las que afectan a sus intereses, la teocracia permaneció fiel a sus tradiciones de terca y obstinada resistencia contra toda innovación que no fuese previamente autorizada por ella. Comprendió que la libre emisión del pensamiento llevaría la luz a las conciencias, y la teocracia, necesitaba entonces, como ahora que continúen las tinieblas ensombreciendo el pensamiento, y vio que se entablaba una nueva y peligrosa lucha: la ciencia se emancipaba, perdía su carácter sacerdotal y místico; los libros ya no dirían lo que convenía que dijese, sino lo que realmente hubieran escrito sus autores. Se abrió un período de lucha tremenda contra la teocracia y sus errores; lucha directa, en cuanto atacaba la productiva industria de los copistas; lucha indirecta, en cuanto ponía de manifiesto muchas verdades, cuidadosamente reservadas para que no llegasen a conocimiento de los pocos que hasta entonces habían leído. El *Sancta sanctorum* de la antigüedad; el tesoro de la ciencia de los siglos que pasaron; las opiniones de los filósofos y los testimonios de los historiadores, todo, absolutamente todo lo que había sido cuidadosamente apartado de las miradas del vulgo profano, todo iba a ser visto, escudriñado, profanado por la imprudente e incansable fecundidad de la naciente Imprenta. La teocracia no se confesó vencida. De entonces data la institución más absurda, pero también más atrevida de que se conserva memoria.

De aquella época es la institución del *Indice*, monumento el más inverosímil, pero el más gráfico, de la audacia clerical.

¿Qué es el *Indice*? Para comprender el significado que en el *caló* teológico tiene esta palabra es preciso un ejemplo: supongamos que a un niño se le enseña que tiene el deber y el derecho de atender a la salud, mediante una alimentación y una higiene convenientes. Admitamos que a ese niño se le instruye sobre la variedad de alimentos, de comodidades y de medios conductores y conducentes a la realización indispensable; que no empleará otros, entre todos los que conoce, sino los que le permita como buenos el tutor, que se abroga el derecho de all-

mentarlo. ¿Cómo puede ser esto? — protestaría el niño, llegado al uso de su razón. ¿Quién tiene derecho a prohibirme lo que yo ya conozco como bueno, lo que sé, por experiencia de otros, que es lo que preciso para la salud y para la vida?

Este tutor es la teocracia, y su veto está contenido en el *Indice*. Constituye éste un extenso catálogo en el cual están detalladamente consignados los libros cuya lectura *plene* la Iglesia, por creerse peligrosa para su fieles adeptos. ¿Peligrosa? ¿Por qué? Porque en esos libros se descubren secretos, se aclaran hechos misteriosos, se descubre el velo que oculta miserias de secta, o se ponen a la luz del día los errores monstruosos que han servido de base a una doctrina teológica. Porque en estos libros de iniquidades teocráticas se revelan hechos y se descubren secretos y maldades, que conviene permanezcan ocultos; porque en esas obras de la inteligencia humana están contenidas, unas veces, el razonamiento oprimido, contra el yugo de la imposición dogmática. Porque en esos libros se consignan maquinaciones de la astucia clerical, o se combaten sofismas de los teólogos, o se deshacen errores de la historia o de la filosofía teocrática.

He aquí el *Indice* y sus fundamentos; su razón de ser y los fines a los cuales ha respondido desde su erección y — ¡fenómeno digno de ser estudiado! — aún hoy, después de tantos años transcurridos desde el descubrimiento de la Imprenta; después del Renacimiento; después de la Revolución Francesa; después de la Revolución Rusa; después de tantas libertades conquistadas y de tantos derechos adquiridos y proclamados por la libertad humana; después que se han emancipado las conciencias y el pensamiento humano bate sus alas inmortales por los espacios sin fin donde reside la verdad; después de las gloriosas conquistas del derecho novísimo, la terquedad teocrática se revela en el sostenimiento del *Indice*, que clasifica los libros en buenos y malos, en géneros de comercio lícito, según que favorecen o perjudican a los intereses de la Roma papal. Aún hay prohibiciones y excomuniones y anatemas contra los que leen determinados libros, cuyos autores no doblan humildemente su cerviz ante el criterio estrecho de Roma.

Y a la prensa también se le coarta la libertad con leyes excepcionales creadas por la tiranía para sostén de la misma, cuyas excepcionales leyes, tienen su origen en el odioso *Indice* romano. España e Italia viven despóticamente sometidas a la previa censura, que mutila el pensamiento de los hombres libres, como en la guerra, se mutilan los miembros de los combatientes. La Censura a la letra escrita es el más odioso instrumento de la reacción en contra del humano pensamiento. Todo cuanto tiende a mermar la libertad de Imprenta, tiene su origen en el *Indice*, ese mamotreto levantado a la intolerancia e intransigencia teocráticas. Obra toda de la Iglesia, que cuando se le habla de los errores científicos de la Biblia, dice todos los días que la misión de la Religión no es enseñar la ciencia, sino el camino de la salvación; esa Iglesia, que lava sus manos siempre que se le arguye con los errores científicos que han cometido sus hombres; establece un tribunal inapelable que juzga, falla y decide cual es la ciencia y la filosofía y el arte que son buenos, y cuales los que son malos e inadmisibles. Esa Iglesia que en nada tiene los progresos científicos, que no se preocupa por otra novedad que por la verdad religiosa,

se constituye en árbitro para decidir donde está la verdad y donde el error, no ya en la esfera de acción que ella misma se atribuye, sino en todo el conjunto de los conocimientos humanos, porque libros pertenecientes a todos los ramos del saber han sido y son objeto de la Censura clerical, cuando no llevan su odio aún más allá de los límites que ellos han declarado legales. Hace pocos meses en un pueblo de España, un cura cer:il y ultramontano, ha llevado al quemadero improvisado, los libros de Don Benito Pérez Galdós, porque, según dicho bárbaro con solana, de acuerdo con el Alcalde del Directorio que des gobierna a España, eran peligrosos para la formación espiritual de nuestra juventud... ¡Qué entenderá este pobre diablo de espiritualidad!...

Este hecho en pleno siglo XX, está amparado por el *Indice*, la prueba más convincente de la animosidad, del verdadero odio que la teocracia profesa a la Imprenta. Y como todas las reacciones contra el progreso humano se entienden y se asemejan en sus procedimientos y en sus principios, la otra reacción política, la que tampoco quiere que se diga lo que a ella no conviene, ha establecido leyes especiales y tribunales y procedimientos excepcionales contra la libre expresión del pensamiento por medio de la prensa. Era natural; las mismas razones que han presidido a la institución y elaboración del *Indice* romano en el terreno religioso, han servido de fundamento para establecer la legislación especial, censura y otras zarandajas contra la Imprenta y los tribunales y leyes draconianas destinadas a desvirtuar y hasta matarla si ello fuera posible.

La Imprenta fué, desde su origen, un arma poderosa facilitada a la razón humana para defender sus derechos; he aquí la enemistad, casi siempre hipócrita y taimada, que contra la Imprenta han sentido cuantos son enemigos de la libertad e independencia del pensamiento. Puede desde luego juzgarse del estado de progreso, de cultura de un país por la libertad que en él disfruta la Imprenta. Todo país en el cual la Imprenta esté sometida a leyes excepcionales, con limitaciones y distingos que coarten la independencia del que escribe, es desde luego un país desdichado, donde impera aún el capricho de los privilegiados y el temor que éstos sienten de que la opinión pública conozca sus repugnantes miserias.

Hace pocos años que aún en varios Estados de Europa se estaba sometidos al régimen inquisitorial de los siglos medios. Todos recordamos aquellos días de prueba para la libertad en España, cuando la reacción clerical, personificada en las camarillas del P. Claret y de Sor Patrocinio, tenía poderosos auxiliares y cómplices en la reacción política, sostenida por Narvaez y González Bravo. Y los que como el que escribe, no han presenciado aquellos momentos políticos, los recordamos igual, porque ahí está la historia sangrante para quien sepa leerla. Entonces los escritores eran conducidos al Saladero como criminales empedernidos, y la consignación en un artículo de periódico de las más honradas aspiraciones, era castigada con el presidio, o con el destierro, bien a las Marianas o a Fernando Poo.

Sin embargo la tormenta pasó; la ola reaccionaria ahogó a los mismos que la habían suscitado, y hoy, a pesar de las tendencias reaccionarias imperantes en España e Italia, la prensa disfruta en el concierto universal de una relativa independencia, y a veces se siente fuerte contra sus enemigos, que

no se atreven a desconocer abiertamente los fueros de la libertad en el escritor independiente, pues el caso de las dos naciones mencionadas, es solamente una laguna en el camino de la Historia, que se ha de allanar con el fracaso rotundo de los tiranos, cual otros de diversas épocas.

La Imprenta, como instrumento que tiene fuerza en las condiciones esenciales de la Naturaleza humana, será en el porvenir el factor más importante para la resolución de todos los problemas humanos. ¿Por qué? Porque ella representa y personifica la opinión pública, es decir, el sentimiento, la aspiración y el derecho de los más. Porque la imprenta es el laboratorio químico, en el cual se condensan, se organizan y adquieren vida propia los latidos de todos los organismos sociales, los deseos de las muchedumbres, los derechos de los débiles contra la imposiciones de los poderosos. Porque la imprenta es ariete durísimo que bate sin cesar sobre los muros de los errores, de las preocupaciones de los malos instintos, de las pasiones desbordadas y avasalladoras. Porque la prensa es instrumento manejado por ese gigante invencible que se llama *Opinión Pública*, a la cual nada resiste, porque es el pensamiento y la voluntad de la Humanidad.

He aquí el muro y la fortaleza, y la inexpugnable rias imperecederas a esa institución admirable, con la cual no coexistirán nunca las iniquidades y los crímenes históricos, porque ella, centinela avanzado en la vanguardia del Progreso, dará siempre a los pueblos la voz de alerta y los pondrá en guardia contra los que se propongan oprimirlos.

El aquí el muro y la fortaleza, y la inexpugnable trinchera, donde en el porvenir se guarecerán, y serán invencibles todos los derechos. Porque las murallas de granito, los cañones y los reductos militares; los ejércitos formidables y los estrategas más ilustres no podrán defender lo que sea atacado por ella, ni podrán vulnerar lo que ella defiende. ¿No lo estáis observando ya en los pueblos que empiezan a vivir entre los esplendores de la vida moderna? La unidad de Italia en el siglo pasado la ha hecho la prensa; Cavour y Garibaldi no han sido más que el brazo que ha puesto en movimiento el gigante omnipotente para sacudir el yugo de Austria, el yugo de los papas y de los pequeños tiranos de la península latina.

En todos los lugares de la Tierra, ¿quién ha convertido en hombres libres a los esclavos, sino la omnipotente acción de la opinión pública, que se ha hecho oír por medio de la Imprenta? De hoy en adelante las conquistas no se han de hacer con el hierro y el fuego. Los triunfos obtenidos con los cañones Krupp, con los grandes acorazados y con los terribles explosivos; los triunfos obtenidos por la violencia, serán efímeros, pasajeros y fugaces, como todo lo que es contrario al Derecho.

El porvenir se conquistará con el periódico, con el libro, con la exposición de principios y la difusión de las luces por medio de la Imprenta. Los enormes barcos que hoy sirven para llevar en su seno masas enormes de elementos destructores; de hombres que van a morir o a ser matados como corceles, sin conocerse; de gladiadores, que antes de morir saludan con triste sonrisa al César tiránico que los sacrifica a sus ambiciones; esos barcos que hoy fueron a conquistar territorios por la muerte y por la destrucción, serán portavoces de libros, de instrumentos de precisión para investigaciones científicas.

Irán a conquistar conciencias y no fortalezas; irán a difundir la luz, el bien y el progreso por medio de las artes de la paz, y por la propaganda de los ideales que afianzan la fraternidad entre los hombres. Entonces habrá cambiado también la condición de los que escribimos, de los que exponemos nuestras ideas vulgarizando los conocimientos que hemos aprendido en el libro de la naturaleza y los que escribieron los grandes maestros que marcaron derroteros a la humanidad en beneficio de todos.

Cuando lleguen esos tiempos, habrán desaparecido esos sacerdotes que establecen censuras para el libro y la prensa, que excomulgan y maldicen a los que se proponen hacer que la luz llegue a todas las conciencias. Entonces no habrá más que un sacerdote: el que tiene por objeto el culto de la Verdad, y la práctica del bien moral. Entonces el escritor no podrá ya ser encarcelado, ni desterrado, ni enviado a los presidios, porque entonces se comprenderá que toda emisión del pensamiento es honrada, por más rebeldía que pueda haber en el que la emita.

Y así como ahora no se envía a la cárcel al que involuntariamente se equivoca al emprender su marcha por camino determinado; así como no se condena a la deportación a quien se equivoca en la elección de los medios lícitos para conseguir lo que se propone, así tampoco habrá cárceles ni destierros para los que se equivoquen en sus doctrinas, o escriban con criterio diferente al que tienen los que leen.

Y he aquí también otro de los más importantes progresos que ha de realizar la difusión de las ideas por medio de la imprenta: Se crearán costumbres, se adquirirán hábitos razonables y justos de tolerancia y de equidad entre todos los humanos, porque entonces habrá desaparecido esa protesta grosera y estúpida de la actual intolerancia, que rechaza todo lo que no está conforme con las apreciaciones de sí mismo. Es frecuente oír decir a los que poseen algunos libros: "Aquí no encontrará más que libros de tal o cual escuela filosófica o religiosa; yo estoy afiliado a ella, y no leo otros libros que los que están conformes con mis ideas". ¡Triste manifestación de una conciencia la que se expresa con tales palabras! El carácter más distintivo de toda ignorancia consiste en encerrarse en esa intransigencia que no estima como buenos y aceptables, sino los principios que de antemano tiene reconocidos como tal. Esas conciencias están cerradas a todos los progresos, son refractarias a todas las renovaciones y a todos los perfeccionamientos del porvenir.

Llegará indudablemente el día en el cual serán imposibles esas sistemáticas intolerancias. Los que leen se hallarán en comunicación fraternal y desinteresada con los que escriben; se leerá todo, se pesará y se discutirá el pro y el contra de todas las cuestiones, y así se realizará el progreso, comparando, estudiando, oyendo las alegaciones de los defensores y de los impugnadores de cada teoría. Porque hoy, así como en todos los órdenes de la vida atraviesa la humanidad un verdadero período de transición, así también en cuanto a la influencia y significación de la prensa, andan divididas las opiniones, y los pensadores militan en diferentes bandos. Limitándonos a la prensa periódica, que es la que hoy tiene más influencia en la conciencia pública; puesto que llega su acción a todas las clases sociales; limitándonos a esa prensa que representa diariamente los latidos y las corrientes de la opi-

nión pública, el estado de esta opinión es el que corresponde al carácter del período histórico que atravesamos.

Mientras unos creen y defienden que el periódico no es más que órgano de la opinión general, que refleja y pone da relieve lo que se piensa, se siente y cree allí donde se escribe, mientras para éstos el periódico no es otra cosa que la resultante que corresponde a un sistema de fuerzas intelectuales y morales, de la cuales es fórmula, entienden otros que la prensa está llamada a dirigir la opinión y tomar la iniciativa en todas las cuestiones que interesan a la colectividad, de modo que no sea ella la que se inspire en lo que piensen los más, sino que sean estos los que hayan de seguir las aspiraciones de la prensa.

Parece desde luego razonable que la misión de la prensa sea considerada en el doble sentido y de la doble manera como realiza su misión; esto es, bajo la forma de periódico y bajo la forma de libro. El periódico realmente puede ser considerado como expresión viviente y diaria del estado de la opinión de un país. Es el periódico el punto donde reflejan las opiniones, las pasiones, lo que desean y piensan las mayorías y las minorías de una sociedad, y en tal concepto no es otra cosa que la expresión y representación del estado de la opinión.

De aquí precisamente nace la fuerza incontrastable de la prensa periódica, porque representa una suma de aspiraciones, de inteligencias y de voluntades que se dirigen en sentido determinado. Y así como en un sistema de fuerzas, la resultante es tanto mayor cuanto mayor sea el número de aquellas, así también el periódico tendrá mayor influencia en cuanto con mayor fidelidad y exactitud refleje y represente la opinión del mayor número.

La misión del libro es diferente. Es esta la expresión de una voluntad y la fórmula de una inteligencia individuales. El libro sólo recibe inspiraciones de la razón del que lo escribe, y este se propone siempre influir en la conciencia de los demás, haciéndoles partícipes de lo que él crea verdadero y bueno. En tal concepto existe notable diferencia entre el periódico y el libro; pues mientras el primero representa y es expresión viva y palpitante de la opinión pública, en el momento en que se escribe, el segundo representa la opinión exclusiva del autor, que se propone comunicar a los demás lo que él piensa y siente sobre determinado asunto.

Y dicho esto es fácil comprender hasta qué punto es importante y delicada la misión del periodista si se ejerce con honradez. La generalidad de los que leen periódicos creen de buena fe que aquella lectura es lo que debe ser; es decir, que representa la suma y la resultante de un número de inteligencias y de voluntades que piensan y quieren como el periódico lo expresa. De aquí nace esa especie de necesidad fisiológica de la lectura de un periódico determinado. Llega esa lectura a ser parte consustancial con el que lee; es, según la frase de Taine, el alimento psíquico al cual nos acostumbramos, y del cual casi no podemos prescindir. En tal concepto la importancia del periódico es capitalísima en estos tiempos, en los cuales tan importantes y fecundos son los latidos de la opinión pública para la resolución de los más arduos problemas de la vida.

Y ya que nos ocupamos en tesis general de la influencia de la prensa, no hemos de pasar en silencio un fenómeno frecuente observado, y que cons-

tituye un síntoma característico del período histórico que atravesamos. Es fácil observar que entre los que escriben, tanto en el periódico como en el libro, existe una gran desproporción entre el número de los literatos y de los hombres de ciencia.

Mientras en las publicaciones diarias se leen todos los días composiciones más o menos poéticas, artículos de fantasía y críticas hasta cierto punto literarias, es frecuente también leer anuncios de publicaciones de igual género. La poesía lírica, la dramática, el romance, la novela, el cuento todo lo que parte y tiene su principio en la imaginación, constituye el "ánima villis", en la cual ensayan sus bríos y dan rienda suelta a sus entusiasmos centenares de jóvenes inexpertos que manejan la pluma con desenvoltura, sin otra previa preparación que la mal digerida lectura de alguno que otro librito del mismo carácter y condiciones que los que ellos producen.

Entre tanto resulta difícil encontrar libros serios de ciencia, meditado y profundo sobre los diversos conocimientos humanos. ¿Cómo explicarse este fenómeno? ¿Consistirá en que no hay quien escriba sobre asuntos serios, o en que no se lee nada de lo que haga meditar y sea obra de inteligencia?

Existe relación íntima entre lo que se escribe y lo que se lee. En todos los órdenes de la vida. Lo que se produce está en razón directa de lo que se consume, y recíprocamente. No se producen obras de la inteligencia, o por lo menos se producen pocas, porque en este preciso momento histórico, las gentes no se preocupan por lo serio y lo trascendental.

Ahora es preciso inquirir las causas de este fenómeno de carácter general, especialmente en España. Para la teocracia ha sido siempre norma de conducta apartar al pueblo de todo lo que puede hacerle pensar. Encargada durante siglos de la enseñanza, árbitra de la educación de la juventud en la escuela, en el convento y en la Universidad, sólo ha cuidado de que las inteligencias de los jóvenes se nutran con el catecismo, con la Historia sagrada y con alguna noción de filosofía escolástica. Lo demás, todo lo que se relaciona con el progreso en las manifestaciones de la ciencia; todo lo que constituye e informa los nuevos métodos y las teorías basadas en la investigación científica, ha sido letra muerta para esa teocracia dominadora.

Se ha cultivado la memoria del niño a expensas de su inteligencia; se le ha hecho fijarse en todo lo que afecta fácil y agradablemente, sin preocuparse por lo que, haciendo, constituye el primer elemento de educación para la razón. Y con este procedimiento, genuinamente teocrático, ha resultado una generación de hombres frívolos, superficiales, recitadores sempiternos de lo que aprendieron de memoria, e incapaces de sentir predilección por los gozos de la inteligencia, a los cuales no se les ha acostumbrado. Así, no piensa más que en football y otras diversiones de tan escasa cultura como ésta. Entre tanto, la exaltación del sentimiento y de la imaginación por medio de narraciones de lo maravilloso, ha creado soñadores, seres impresionables, que viven en el mundo de los fantasmas y que son capaces de escribir sin término sobre lo que sueñan y lo que fantasean.

He aquí, a nuestro juicio, la explicación de esa nube, de esa verdadera plaga de *escribidores* y *chár-*

lutanes, que en el periódico, en el libro, en la reunión, en todas partes, aburren cansan y molestan a los hombres de sana orientación mientras son leídos y escuchados con deleite por los que, educados como ellos, sólo encuentran gusto en esas aberraciones monstruosas. Esta verdadera desgracia nacional pasará porque lo absurdo no puede ser permanente; pero antes será preciso que se dé otra dirección a los estudios de la juventud y se proscriban para siempre esas rutinas teocráticas que tan funestos resultados dan en la enseñanza. El día que esto suceda tendremos menos literatos, acaso, pero habrá más hombres de ciencia verdadera. Y entonces no será posible el absurdo, hoy harto frecuente, de que se dedique a escritor, a periodista y a literato, *el que no sirve para otra cosa*, como ha dicho un observador concienzudo.

Cuando ese cambio tan radical como deseado se realice, entonces se podrá ver claramente el odio y la repugnancia que siente la teocracia contra la Imprenta, y todo lo que de ella procede. Porque si aceptó la Imprenta fué porque creyó que podría hacerla servir para sus planes. ¿Acaso no son conocidos los procedimientos que ha empleado para que ese precioso instrumento de progreso se convierta en arma mortífera para la libertad y la emancipación del pensamiento humano? Ella aceptó la Imprenta, como se acepta el arma del enemigo cuando se cree que es posible volverla contra él. Ha publicado y publica constantemente, libros y periódicos, pero los emplea como otros tantos medios para realizar sus fines de dominación y de omnímoda influencia. En sus periódicos, especialmente en las publicaciones que sostiene y dirige, se observa siempre, como nota característica, su odio a la libertad, a la independencia de la razón, a todo lo que proclama y defiende el nuevo derecho.

La Imprenta, luz radiante que debe llevar a todas partes los luminosos destellos del pensamiento, se ha convertido, en manos de la reacción clerical, en tea de discordia, cuya densa humareda ha llenado de sombras la conciencia humana; el instrumento que debía servir para propagar la ciencia, para que por su medio se vulgarizaran las obras de la razón humana, ha servido al jesuitismo y al clericalismo en general, para publicar libros y encíclicas, pastorales y periódicos, en los cuales todos los días son atacadas y vilipendiadas las conquistas de la libertad.

Basta leer uno solo, cualquiera de esos periódicos, para convencerse del concepto que la sombra negra del absolutismo tiene de la Imprenta, y del uso que hace de ese admirable instrumento del progreso.

En esos periódicos se desciende hasta lo inverosímil en la escala de lo inconveniente y en el repertorio de las frases de peor gusto. Se insulta a los que tienen la forma de no pensar como piensan los escritores de su iglesia; se agotan los calificativos del peor género para zaherir a los disidentes, y se prodigan las amenazas, los insultos y las frases peor sonantes contra los que piensan y escriben en sentido contrario a sus intereses.

He aquí el uso que hace la reacción del más poderoso elemento del humano progreso. Pero no importa: es tan poderosa y tan fecunda la virtualidad del pensamiento y de la libertad; de tal manera es omnipotente la ley del humano progreso, al cual sir-

EMILIO LOPEZ ARANGO

PROYECTOPOLIS

(Narración prehistórica)

En Proyectópolis se había erigido un grandioso monumento a la Diosa Democracia. Es éste el más grande elogio que se puede hacer a una ciudad que como Proyectópolis, vivía apegada a ciertos rutinarios y dominada por los curas y frailes, anidados en centenares de iglesias y conventos que la infestaban... Pero los curas y frailes de Proyectópolis eran democráticos como los "demagogos", pudiendo decirse con razón que allí habían llegado a tocarse los extremos.

Como hemos dicho, en Proyectópolis la Democracia estaba glorificada y santificada por la iglesia, que sabía hermanar los principios imperialistas con el gobierno del pueblo, que ejercían "desinteresadamente" unos cuantos representantes del ídem. La cuestión religiosa no existía en Proyectópolis más que como un recurso que esgrimían algunos políticos sin escrúpulos que "trabajaban" de antiericiales para conquistar las simpatías de la plebe, que era allí tan ignorante como en cualquier otra parte del globo. Las demás cuestiones preocupaban muy poco a los proyectopolitanos, más aficionados a los juegos de "sport" y a leer novelas por entregas, que a ocuparse de los problemas sociales y leer libros de sociología y filosofía, demasiado pesados para cerebros tan livianos.

Proyectópolis podía considerarse un pueblo feliz. No era religioso: era político. Los proyectopolitanos se enorgullecían de su historia revolucionaria y de su independencia política,

ve la Imprenta, que aún del abuso que de ella se haga, resulta su glorificación y la derrota de sus enemigos. La Imprenta, a pesar del Índice, a pesar de la Censura, a pesar de lo que han contribuido a desacreditarla los que han abusado de su grandeza, triunfará siempre de sus adversarios.

Las leyes contra la Imprenta, las excomuniones y los anatemas fulminantes contra ella, han servido solamente para que los pueblos deduzcan esta consecuencia: "Grande deb: ser su importancia, cuando tanto la temen la reacción política y la reacción teocrática".

conquistada hacía más de cien años, habían hecho la bandera de combate que cubría todas sus infamias presentes: las infamias de sus gobernantes. Explotaban la heroicidad de sus antepasados y dormían a pierna suelta sobre los laureles de pasadas conquistas. Era, en fin, un pueblo que adoraba a la Democracia y había hecho de ella un culto nacional.

El Parlamento llenaba, en Proyectópolis, la misión esencial de defender los derechos del pueblo. En Proyectópolis había hombres que no trabajaban y que hacían trabajar en su beneficio a otros hombres, por lo que se hacía inevitable la sanción de leyes que limitaran las ambiciones de los zánganos. En el Parlamento había representantes de los "gordos" y de los "flacos" (Proyectópolis se dividía en esas dos clases, cuyo nombre indicaba su posición social) que defendían los intereses de unos y otros presentando proyectos tendientes, los de los "flacos", a cortar las uñas de los "gordos", y a enflaquecer más a los "flacos", los de los "gordos".

Se puede decir que era en el Parlamento donde se elaboraba la única felicidad asequible a la rudimentaria inteligencia de los proyectopolitanos. Los representantes llamados "demagogos" eran los dioses tutelares de los "flacos", y los de "conserva", lo eran a la vez de los "gordos". Unos y otros se empeñaban en amontonar proyectos sobre proyectos, ocupándose, en el tiempo que les sobraba durante las sesiones parlamentarias, (que eran más bien disputas de arrieros en una taberna) en el eficiente trabajo de ponerse motes, mentarse la familia y sacarse a relucir los mutuos defectos morales y materiales, con un entusiasmo que enorgullecía a los "flacos" y a los "gordos" de Proyectópolis. Se puede decir que los proyectopolitanos estaban, en general, satisfechos de la labor que realizaban sus representantes. La labor se reducía a que éstos presentaran proyectos y más proyectos y gritaran de lo lindo, ya que este trabajo lo hacían "desinteresadamente" los tales representan-

ANTES DEL ENTIERRO

OCTAVIO MIRBEAU

Maese Poivret bajó de su carricoche ante la tienda de su yerno Pedro Gasselín, ató el caballo a una gran argolla de hierro clavada en la orilla de la vereda, y habiendo probado tres veces la solidez del nudo del cabestro, entró en la carnicería, haciendo chasquear el látigo.

—¿Hay gente? — gritó.

El perro que dormía, cerrando el paso del umbral con su cuerpo extendido, se levantó gruñendo y volvió a acostarse más lejos. La tienda estaba desierta y como era un jueves, la mesa estaba desprovista de carne. Un cuarto de novillo casi negro yacía sobre el tronco de hachar, lleno de moscas zumbantes; en uno de los ganchos móviles del cieloraso, pendía un corazón de ternera partido por el medio. En un rincón, en el fondo de un tacho de cobre, algunos huesos sanguinolentos y algunos montones de grasa amarillenta empezaban a pudrirse; y de todo eso, un hedor se exhalaba, el hedor debilitante de la muerte, que os destruye el estómago, en los hospitales y en los osarios.

—¿Hay gente? — repitió maese Poivret. — ¡Hola Gasselín!... ¿dónde estás?

Gasselín salió del café Gadaul, situado en frente mismo a la carnicería, del otro lado de la calle. Enjugóse la boca con el revés de la mano, encendió nuevamente su pipa y acudió diciendo:

—¡Aquí estoy!... ¡aquí estoy!

Estaba sin sombrero, la faz toda rubicunda, gorda

tes, recibiendo el miserable emolumento de 1.500 pesos mensuales, mientras que un barrero que ni siquiera necesitaba doctorarse en veterinaria, ganaba la enorme suma de 60 pesos por mes, una verdadera fortuna tratándose de proyectopolitanos, de quienes cuenta la historia que habían resuelto el problema económico tomando "infusiones" de aire, que era lo más barato por no haber un impuesto que lo encareciera... Esto debía ser cierto, pues los historiadores cuentan que en Proyectópolis había muchas plazas donde se reunía el pueblo, en las horas de la comida, para respirar aire y secar al sol sus osamentas.

Según algunos historiadores, Proyectópolis desapareció con la Atlántida, y, según otros, existe aún hoy día, y es uno de los principales Estados de América, y hasta aseguran que, a pesar de cambiar de nombre, padecen sus representantes de proyectomanía, enfermedad heredada de sus lejanos ascendientes...

XAXARA

De "La Campana", Santa Fe, 1919)

y fresca, las mangas de su camisa levantadas hasta el codo. Su delantal de lienzo blanco, salpicado con manchas rojas, lo cubría por completo, desde el pañuelo azul, anudado muy flojo alrededor del cuello, hasta los zuecos donde metía sus pies desnudos. Su afiladera bailaba a lo largo de su pierna izquierda, colgando de una cadena de acero. Se adelantó hacia su suegro y le tendió la mano.

—¿Cómo estás? ¿Marcha todo a medida de vuestros deseos?

—Bastante bien, hijo, bastante bien.

—¿Hay que dar avena a vuestro caballo?...

—¡Pardiez, no! Ha bebido y comido esta mañana... ¡Vuelvo de la feria de Chassaut, hijo mío!...

—¿Era buena la feria?

Maese Poivret balanceó la cabeza; contestó simplemente:

—¡Así!... ¡así!... No muy buena, ni muy mala tampoco... Los precios se mantienen todavía...

Cambiando de tono:

—¿Y bien, qué hay? Al llegar a la Mansonnière el pequeño Augusto me ha hecho saber la desgracia...

—¡Pues, sí!... ¡pues, sí!...

—Entonces no he desatado... sólo he dado cuatro litros de avena a mi caballo... Y después he venido...

Pedro Gasselín preguntó:

—¿Vais a refrescaros un poco?

—Hombre, eso no se rehusa... Tengo la boca seca, casi casi como un horno... ¿Entonces, no es mentira que haya muerto tu mujer?

El carnicero tomó su pipa y sacudió la ceniza sobre el talón de su zueco.

—Ha muerto finalmente anoche a eso de las dos... Sí, a las dos y media quizás...

—Añoche — dijo Poivret, meciendo la cabeza...

—¡qué!... ¡qué!... Véase eso... ¿qué ha tenido? ¿Es pues, una enfermedad rabiosa, un golpe de sangre?

Gasselín explicó:

—No fué un golpe de sangre, maese Poivret, no; no fué un golpe de sangre... Fué el vientre... ¡El vientre se le ha hinchado, hinchado!... ¡Ha gritado, gritado!; ¡caramba, cómo ha gritado!... Y después ha muerto... es así cómo ha muerto... pero no me quitarán una creencia de la cabeza...

—¿Que crees, hijo mío?

—Pues, vais a ver... Hace quince días, tal vez doce... quizás más, quizás menos... En fin, hace quince días, vuestra hija me dijo no sé qué... Creo que me trató de puerco, de borracho, por un fiesta que había hecho con los muchachos Bacoup y Maüté... Entonces, le dije de dejarme en paz... pero amablemente, sin estar enojado, como amigo... ¡Pero en lugar de eso me aturde con necedades y grita más fuerte!... ¡Y esto y lo otro! Entonces le di una bofetada y una patada en el vientre. Pero como lo pensáis bien, era para jugar, sin malicia. No quería hacerle daño... En eso, nos reconciamos... El día siguiente se quejaba y decía: "No sé lo que tengo en el vientre... Tengo algo en el vien-

tre seguramente... Una bestia, una gran bestia que me roe!" Eso, no le impedía de ir y de venir, de despachar a los clientes... Anteayer, le ha dado más fuerte... Se ha acostado... ¡Se ha hinchado!... ¡Y aullaba!... ¡En fin, ha muerto!... El diablo me lleve si hubiera creído jamás que una patada en el vientre, dada así, jugando, podía matar a una mujer!

Poivret se rascó la nuca y, pensativo, repitió:

—¡Qué!... ¡qué!... ¡qué!... ¡Véase eso!

Añadió con tono medio consternado, medio resignado:

—Lo que es de nosotros, sin embargo... Es como la Poivrette, su madre y mi difunta mujer... ¡ha muerto en nada de tiempo!... Un árbol que le cayó sobre el pescuezo; ¿te acuerdas, el maldito nogal grande de la granja?

—Pues, sí... pues, sí... — gimió Gasselin — ¿Queréis quizás ver a vuestra hija?... Está allí arriba, maese Poivret.

Poivret contestó.

—Es lo mismo, hijo... ¡Vamos a verla!...

Y atravesando la tienda, subieron por una escalera oscura y se detuvieron ante una puerta entreabierta.

El suegro dijo al yerno:

—¡Pasa adelante, tú!

—¡No, vos, maese Poivret!...

—¡No, hijo, no... pasa tú!...

Entraron en la pieza, caminando sobre la punta de los pies.

Maese Poivret se había descubierto, y hacía girar, muy respetuoso, su gorra entre las manos. Sus pequeños ojos se habían vuelto redondos, enormes; sus labios unidos cerraban su boca en dos pliegues arqueados, que daban a su fisonomía una singular expresión de terror cómico y de emoción contenida. Miró alrededor de él.

Sobre el lecho, una mujer hallábase acostada, la cara revuelta, los rasgos horriblemente estirados, el tinte plomizo, el cuerpo rígido, bajo el lienzo que modelaba las partes salientes y las formas cadavéricas. Sus manos, cruzadas sobre el pecho, tenían un crucifijo. Cerca de la cama, una vieja velaba y rezaba, y cerca de la vieja, sobre una mesa adornada con un mantel blanco, dos velas ardían, dibujando en su triste luz otro crucifijo más grande. Un hisopo de ramitas de abedul bañábase en una olla de barro rojizo llena de agua bendita.

Maese Poivret se persignó y se aproximó al lecho. Durante algunos minutos contempló a su hija, tratando a veces de inclinarse como si hubiese querido abrazarla; después, levantóse repentinamente, invadido por un temor vago que hubiese sido incapaz de explicar... Por fin, puso su gruesa mano nudosa sobre la mano de la muerta y la retiró en seguida haciendo una mueca dolorosa, como un hombre que se ha quemado con un hierro candente. Volvió a reunirse con su yerno que había quedado en medio de la pieza y le dijo en voz baja:

—¡Está bien muerta!... ¡está fría!... ¡caramba que fría está!

Bajaron nuevamente, molestos, debilitados, turbados a pesar de ellos, por el gran misterio de la muerte que no comprendían.

—¡Caramba, qué fría está! — repetía maese Poivret, ritmando con esa exclamación el ruido sordo de sus zuecos sobre los peldaños de la escalera.

A lo que Gasselin contestaba:

—¡Y amarilla, y amarilla!

En la tienda se miraron.

—¿Queréis quizás tomar una copa para reconfortaros? — preguntó el yerno.

Y el suegro agradeció.

—¡Bueno! ¡bueno!... ¡Y decir que hace cinco días tenía una salud como la del padre y la madre!... ¡Qué! ¡qué! ¡qué!... ¡Véase eso!...

Lentamente atravesaron la calle, mientras Poivret murmuraba: "¡Cómo está fría!" y Gasselin replicaba: "¡Y amarilla, maese Poivret!"

Sentados a la mesa en el café, ante una botella de vino, quedaron primeramente silenciosos. Poivret llenó las copas, dejando caer el líquido desde lo alto.

—¡A tu salud! — dijo.

—¡A la vuestra, maese Poivret! — contestó Gasselin.

Después, conversaron largamente sobre el precio de la carne, la calidad de los pastoreos, la feria de Chassant... Maese Poivret se quejaba de que no se vendían ya los anteneses como antes.

—Si no tuviéramos a los españoles y los americanos para comprar nuestros animales ¿qué sería de nosotros?

Al levantarse, después de haber bebido dos botellas de vino y completamente repuestos, Poivret dijo a Gasselin:

—No es eso todo, hijo... ¿cuándo la enterramos?

—Pues, eso me molesta... Mañana, viernes, carneo.

El suegro aprobó.

—¡Pues, sí... pues, sí!...

—¡No puedo enterrarla mañana!

—¡Pues, no! ¡pues, no!

—¡El sábado es día de feria!...

—¡Pues, sí! ¡pues, sí!

—No puedo, sin embargo, dejar pudrir mi carne.

—¡Pues, no! ¡pues, no!

—Es muy molesto, maese Poivret...

Hubo un silencio de algunos minutos. Maese Poivret reflexionaba. Por fin, dijo en tono confidencial:

—Voy a decirte... ¡Es que también va a pudrirse la pobre mujer!

—¡Pues, sí... pues, sí!

—¡Y va a hacer pudrir tu carne!

—¡Pues, sí... pues, sí!... ¿qué hacer maese Poivret, decid, qué hacer?

Maese Poivret reflexionó una vez más, muy grave, la barba en la mano, y dijo, haciendo un ademán amplio:

—¿Si bebiéramos otra botella?

E. LOPEZ ARANGO — D. A. DE

SANTILLAN

"El Anarquismo en el Movimiento Obrero"

Un vol. de 200 págs 8.0

Precio: \$ 0.80

INDICE DE LOS TRABAJOS PUBLICADOS

Año 1929

ADLER ALFREDO El valor — Su papel en la educación, página 174.	DE LA BOETIE E. La esclavitud voluntaria. páginas 250, 284, 315 y 348.
ALCIRA NAVARRETE J. Fragmentos, pág. 88.	DELAUNAY E. La escuela, pág. 176.
AUTORES VARIOS La iglesia y los ricos. pág. 255. Polémicas, pág. 467.	DE LIGT B. Contra la guerra nueva, pág. 59.
BAKUNIN M. Memoria justificativa sobre la Baronata, páginas 560 y 595.	DEMEURE F. Un precursor de la libertad: La Boetie, página 636.
BARRANTES PEDRO La madre de los vencidos, pág. 286.	DE VERA D. R. Los anormales del carácter en las escuelas y en los reformatorios, pág. 310.
BARRETT RAFAEL Lo que son los yerbales, pág. 278.	DONKOR Primo de Rivera, pág. 88.
BASTIEN G. Anarquismo y cooperación, páginas 513, 547, 570 y 590.	DIAZ DAVID La imprenta: Su pasado, su presente, su porvenir.
BERNERI CAMILO Un federalista ruso: Pedro Kropotkin, páginas 411 y 450.	ENSOR BEATRICE La relatividad de la libertad, pág. 171.
BERGET A. El polvo cósmico. La teoría de Arrenius que lo explica, pág. 627.	FABBRI LUIS Ideas y críticas, págs. 5, 54, 70. La función del anarquismo en el Progreso social, pág. 131. La misión del anarquismo como fuerza de minoría y de opinión, pág. 194. El gobierno de la familia, pág. 236. El problema de la delincuencia y la revolución. pág. 394. Una intransigencia necesaria, pág. 435. La crisis de una civilización, pág. 458. Las obras de Miguel Bakunin, pág. 496.
BERTONI LUIS La revolución en la práctica. pág. 406.	FALASQUI F. Tolstoy educador, pág. 666.
BIBLIOGRAFIA Páginas 30, 31, 63, 93, 126, 159, 220, 253, 318, 421, 454, 486, 519, 551, 615, 646.	FAURE SEBASTIAN Explicaciones preliminares, pág. 275.
BIELSA RAFAEL Fauna política, pág. 62.	FERNANDEZ CAMINATA P. Flores de mi isla, pág. 144.
BRAND Asociaciones libres de producción y de cambio, pág. 117.	GILLE PAUL Notas sobre la cultura moral en la escuela, páginas 143 y 205.
CARPENTER EDWARD Fragmentos de sus escritos, pág. 537.	GODOY PEDRO La vida al día, pág. 249. La doble personalidad, pág. 639.
CLAPAREDE Ed. La escuela a la medida, pág. 185. Fragmento, pág. 448.	
COLOMA J. Aporte al estudio de los problemas del anarquismo militante, pág. 628 y pag. 664.	
DECROLY Dr. OVIDE Libertad y educación, pág. 173.	

GONZALEZ PRADA

Prosa, pags. 644 y 660.

GRAVE JEAN

A los camaradas de la Argentina en su segundo congreso, pág. 541.

Las cooperativas como comienzo de la sociedad futura, pág. 557.

GUERRA JUNQUEIRO

El niño y la escuela, pág. 287.

HALEVY DANIEL

Decadencia de la libertad, pág. 548.

HEAFORD WILLIAM

La infancia y sus derechos, pág. 446.

JACQUINET CLEMENCIA

La sociología en la escuela, pág. 21.

JAWORSKY Dr. H.

La curación de la vejez, pág. 410.

KROPOTKIN PEDRO

Prefacio a un libro, pág. 517.

L. F.

La muerte del historiador A. Aulard, pág. 19.

LACROIX MAURICE

La escuela única, pág. 168.

LONE R.

El tormento penitenciario en los presidios yanquis, pág. 148.

LOPEZ ARANGO EMILIO

Ideas y ética, pág. 232.

La planchada, pág. 635.

Proyectópolis, pág. 674.

MALATESTA ERICO

La Internacional en Italia, pág. 12.

La base fundamental del anarquismo, página 147.

Entre campesinos, pág. 291.

Más sobre la revolución en la práctica, página 441.

Nuestros propósitos, pág. 499.

Artículos varios, pág. 528.

"Anarquistas" eleccionistas, pág. 568.

República y Revolución, pág. 592.

En torno a "nuestro" anarquismo, pág. 659.

MELLA RICARDO

Por la anarquía, pág. 212.

El socialismo anarquista, pág. 503.

Prólogo a "La Ciencia Moderna y el Anarquismo" de P. Kropotkin, pág. 577.

MILANO EDUARDO

El primer paso hacia la anarquía, páginas 75, 123, 153, 207 y 244.

MIRBEAU OCTAVIO

Agronomía, pág. 24.

Historia de mi lámpara, pág. 346.

La confesión de Bibory, pág. 484.

El hombre del granero, pág. 640.

¡Hola, tío Nicolás!, pág. 641.

Antes del entierro, pág. 675.

MISTRAL EMILIO

El artista de las manos rotas, pág. 600.

MONTESSORI MARIA

Ideas generales sobre mi método, pág. 164.

MOST JOHANN

La peste religiosa, pág. 79.

MUSSOLINI B.

Luigi Bertoni, pág. 145.

NEGRI ADA

Las víctimas del ideal, pág. 53.

NETTLAU MAX

Consideraciones sobre la organización y sus límites, pág. 15.

La responsabilidad y la solidaridad en la lucha obrera, pág. 89.

La prehistoria y la fundación de la Internacional, pág. 200.

Algunos documentos sobre el origen del anarquismo comunista, pág. 227.

El salario único y la lucha contra la racionalización, pág. 259.

La vida de Gustavo Landauer, según su correspondencia, pág. 354.

Cómo sacar al socialismo de su callejón sin salida, con algunas consideraciones sobre la obra de Gustavo Landauer, pág. 415.

De la organización a la asociación, pág. 437.

Después de un siglo de esfuerzo socialista, página 474.

Bakunin, la Baronata y la insurrección de Bolonia en un "romanzo storico", páginas 505 y 532.

La memoria justificativa de Bakunin sobre la Baronata, págs. 560 y 595.

Unámonos contra el fascismo político y social, pág. 630.

Las mentalidades y las revoluciones, pag. 654.

PAULSEN WILHELM

La libertad del educador, pág. 167.

PIERROT Dr. M.

Moral, págs. 443, 573 y 609.

PROUDHON PEDRO JOSE

De la verdad y de la contradicción, pág. 433.

Más sobre la verdad y sobre la contradicción, pág. 471.

RAGEOT GEORGES

Páginas inéditas de Zola, pág. 464.

RECLUS ELISEO

El porvenir de nuestros hijos, pág. 84.

A los campesinos, pág. 150.

Recuerdos de la prisión, pág. 404.

A propósito del vegetarianismo, pág. 449.

Enseñanza de la Geografía, pág. 479.

La educación, pág. 511.

REDACCION

Pro Domo, pág. 2.

Teoría y práctica de la revolución, pág. 3.

Causas y efectos. La tragedia de la Patagonia y el gesto de Kurt Wilckens, pág. 34.

Espigando, pág. 62.

Apuntes, pág. 66.

Dietadura política y monopolio económico, página 138.

Liga Internacional de la Educación nueva, página 162.

Panorama de la pedagogía nueva, pág. 163.

Lo que queremos, pág. 258.

Espigando, pág. 273.

La juventud de un viejo folleto, pág. 290.

Declaraciones de principios y resoluciones del congreso continental americano de mayo de 1929, pág. 336.

Algunas resoluciones de la Primera Convención Internacional de Maestros, pág. 341.

Figuras nuestras, pág. 432.

Medioevalismo, pág. 470.

Notas y comentarios, pág. 490 y 587.

Comentarios a un programa de renovación social, pág. 522.

El derecho al pataleo, pág. 585.

Emilio López Arango, pág. 586.

Freie Arbeiter Stimme (New York), pág. 594.

La guerra que viene, pág. 608.

Documentación, pág. 614.

Notas y comentarios, pág. 651.

RICCIO GUSTAVO

Elogio a los albañiles italianos, pág. 346.

ROCKER RUDOLF

Socialismo constructivo, pág. 103.

Estado y cultura, pág. 140.

La racionalización y los obreros, pág. 262.

Unidad nacional, pág. 426.

C. Saint Jacques

Los negros y el mundo, pág. 661.

SANTILLAN DIEGO A. DE

El capitalismo moderno, pág. 86.

Nuevos caminos, pág. 98.

Riqueza y miseria, pág. 135.

Más productividad con menos brazos, página 197.

Formas de explotación del hombre por el hombre, pág. 268.

Notas y comentarios, pág. 401.

El movimiento anarquista en Santa Fe, página 428.

El exclusivismo en el campo social, pág. 461.

La anarquía y las diversas soluciones posibles al problema económico, pág. 494.

La propaganda no basta, págs. 526 y 554.

Emilio López Arango. Un esbozo biográfico, página 618.

SEVERINE

Fragmentos, pág. 240.

SOUCHY AGUSTIN

Una contribución sobre la república bávara de los consejos, pág. 265.

TRENI HUGO

Diez años de actividad intelectual libertaria en Francia, pág. 322.

Breve informe sobre el movimiento anarquista internacional, pág. 624.

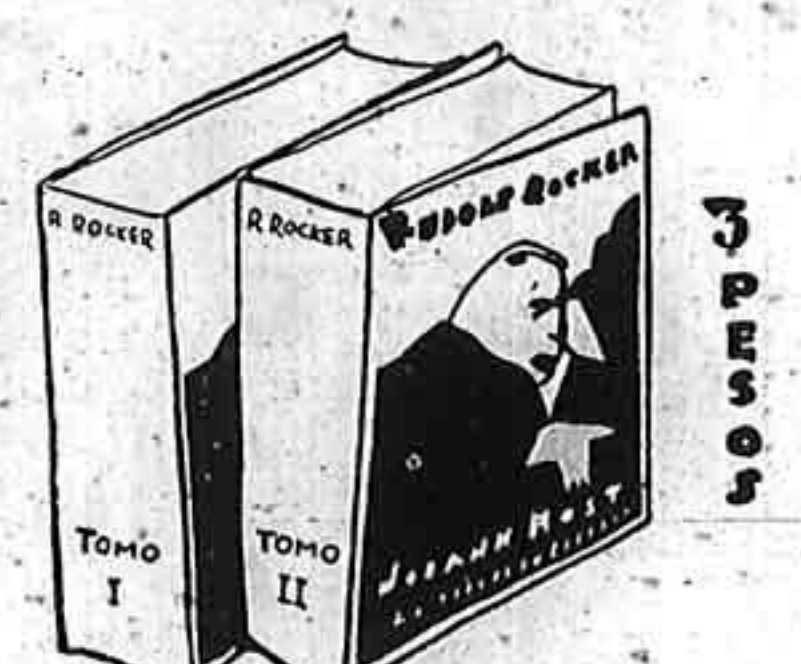
Por un centro de información social 8 anarquistas, pág. 652.

VIDAL A.

El exclusivismo anarquista, pág. 638.

Dos obras

de estudio y recreo espiritual que no deben faltar en ninguna biblioteca



JOHANN MOST
LA VIDA DE UN REBELDE
por **RUDOLF ROCKER**
PRÓLOGO DE **ALEJANDRO BIRNMAN**

EDITORIAL LA PROTESTA

Libros y folletos publicados por la Editorial LA PROTESTA

MAX NETTLAU.—		"Influencias burguesas sobre el anarquismo"	0.20
"Miguel Bakunin, la Internacional y la Alianza en España" 1886-1873	\$ 0.50	C. LOMBROSO y R. MELLA.—	
Edición especial, papel pluma	" 1.—	"Los anarquistas" (Estudio y réplica)	" 1.—
Encuadernado en tela	" 2.50	NIDO, ROCKER y NEMO.—	
"Errico Malatesta". — La vida de un anarquista. Traducción de Diego Abad de Santillán	" 1.20	"Nacionalismo y anarquismo"	" 0.20
Edición especial, papel pluma	" 2.—	SEBASTIAN FAURE.—	
Encuadernado en tela	" 3.50	"Mi Comunismo" (La felicidad universal)	" 2.—
"Fernand Pelloutier y el sindicalismo"	" 0.15	Encuadernado en tela	" 3.50
RUDOLF ROCKER.—		"Temas Subversivos"	" 1.50
"Johann Most, la vida de un rebelde". Prólogo de A. Berkman. Dos tomos. Precio de cada tomo	" 1.50	También se vende en folletos, a 10 centavos cada uno, con los siguientes títulos:	
"La maldición del practicismo"	" 0.10	La falsa redención. — La dictadura de la burguesía. — La patria de los ricos. — La podredumbre parlamentaria. — La moral oficial y... la otra. — La mujer. — El niño. — Las familias numerosas. — Los oficios odiosos. — Las fuerzas de la revolución. — La conmoción revolucionaria. — La verdadera redención.	
RUDENKO.—		J. DEJACQUE.—	
"En Ucrania. — La sublevación popular y anarquista". — Trad. del ruso por J. Company	" 0.15	"El Humanisferio". — Prólogo de Max Nettlau y Eliseo Reclus	" 0.50
JAMES GUILLAUME.—		WILLIAM MORRIS.—	
"Miguel Bakunin" (Noticia biográfica)	" 0.20	"Noticias de ninguna parte"	" 1.—
MIGUEL BAKUNIN.—		NICOLAI GOGOL.—	
(Obras Completas)		"Almas Muertas" (2 tomos)	\$ 2.—
I "La Revolución Social en Francia". — Tomo primero. Prólogo de Max Nettlau. Traducción de D. Abad de Santillán	" 1.50	ELISEO RECLUS.—	
II "La Revolución Social en Francia". — Tomo segundo. Prólogo de Max Nettlau	" 1.50	"A mi hermano el campesino"	" 0.10
III "Consideraciones filosóficas". — Prólogo de Max Nettlau	" 1.50	"La anarquía y la iglesia"	" 0.10
IV "Dios y el Estado". — Prólogo de Max Nettlau	" 1.50	JUAN CRUSAO.—	
Los mismos, encuad. en tela ..	" 3.50	"Carta Gaucha". 7.ª edición	" 0.10
ERRICO MALATESTA.—		D. A. DE SANTILLAN.—	
"Anarquía"	" 0.20	"La jornada de seis horas". — Sobre el desenvolvimiento técnico y su influencia en el mercado del trabajo ..	" 0.10
"En el Café". — Traducción de D. A. de Santillán. Prólogo de L. Fabbri ..	" 0.30	AGUSTIN SOUCHY.—	
"En Tiempo de Elecciones"	" 0.10	"La Ucrania revolucionaria". (Resultado de un viaje de estudio desde el mes de abril a octubre de 1920) ..	" 0.30
PEDRO KROPOTKIN.—		S. RADOWITZKY.—	
"Palabras de un Rebelde"	" 1.—	"La voz de mi conciencia"	" 0.10
"Conferencias. I) El Estado, su rol histórico. — El Estado Moderno" ..	" 0.50	VARIOS.—	
Encuadernado en tela	" 1.50	"Certamen Internacional de LA PROTESTA". — Un volumen en 4.º, encuadernado en tela	" 2.—
"A los jóvenes"	" 0.10	ANSELMO LORENZO.—	
LUIS FABBRI.—		"El derecho a la evolución"	" 0.10
"Cartas a una mujer sobre la anarquía"	" 0.50	ANA M. MOZZONI.—	
Encuad. en tela	" 1.50	"A las hijas del pueblo"	" 0.10
EDUARDO MILANO.—		JOHANN MOST.—	
"Primer paso hacia la anarquía", 96 páginas	" 0.20	"La Peste Religiosa"	" 0.10